

Conversación con Federico Storani / Crisis política, gobernabilidad, pacto social / Socialismo y centro izquierda / ¿Qué es ser peronista? / Universidad y elecciones estudiantiles / Brasil / Panamá /Nicaragua

**Suplemento/7: Norberto Bobbio. Liberalismo, socialismo, democracia**

Macchi, Boscoer, Aricó, Franzé, Sarlo, Bufano, García, Bobbio, Bosetti, Pellicani, Pera, Storani, Gadano, Seman, Tula

# *La Ciudad Futura*

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 21, febrero-marzo 1990 A 12.000.-



COMITÉ  
ARGENTINO  
CENTRAL (S)  
YACO MARCHI & CIA SA

# En una botella

Carlos Macchi

Los relatos de naufragios son tan viejos como la historia misma. Aunque pensamos primariamente en la Odisea que narra el largo y accidentado viaje de Ulises luego de las guerras troyanas, existen otras historias aún más antiguas. Esta *El cuento del naufrago*, escrita en Egipcio hacia el 2000 a.C. y que, a diferencia de otra epopeya egipcia, la de Sínhue, no ha perdido suerte de adaptación cinematográfica. La leyenda de Noé, si bien no tiene la trama de naufrago en sentido estricto, tiene su versión original en el relato caldeo de *Shamasnashipat*, humilde carpintero que habita en Shuruppak, la ciudad de los navíos.

Lo cierto es que, más allá del naufrago como accidente o condena, todas estas historias sirven para ilustrar la visión de lo extraño desde lo propio. La civilización observa, a través del viajero, mundos ajenos y fascinantes.

*Los hijos del Capitán Grant*, novela de Julio Verne que publicó Hetzel en 1864, es también otra historia de naufragios; salvo por los detalles que lo hacen particularmente original desde nuestra mirada. Principalmente la aventuras no son relatadas ni protagonizadas por el naufrago, sino por quienes halan su mensaje pidiendo auxilio. En segundo lugar, el "allí", esa tierra extraña e impropia para el viajero europeo, es nuestro

"aquí", y gran parte de la novela se desarrolla en la Patagonia argentina. Verne tendrá entonces ocasión de lucir su erudición a través de la figura de Paganel, un distinguido geógrafo francés, quien además de confeñar generosas descripciones de la flora y la fauna locales, trasciende su carácter de europeo cuando afirma, en uno de los pasajes de la obra, que "cómo preferida del jaguar ..." es la del indio, y luego, por su orden la del negro, la del mulato y la del blanco..."

En los siglos XVIII y XIX los relatos de los naufragios fueron populares —al menos entre los escritores— y sin duda la novela de Verne nos recuerda otras obras clásicas del género. Algunas de ellas están basadas en hechos históricos reales, como las *Adventuras del marino escocés Alexander Selkirk*, quien se convertiría más tarde (1720) en el Robinson Crusoe de Daniel Defoe. Otras presentan un trasfondo imaginario en donde el viaje es meramente un pretexto; tal es el caso de *Manuscrito hallado en una botella* y *Las aventuras sin por de un tal Hans Pfaall*, ambos escritos por Edgar A. Poe. En determinadas circunstancias el viaje se transforma en un acontecimiento fantástico y el relato pasa al dominio de la anticipación científica. Verne y Poe ingresaron a estas especulaciones junto con otros tantos escritores como Hawthorne, Melville, London y Wells.

Evidentemente, no se puede naufragar sin viajar, y por lo tanto, todas estas obras tienen en común al viajero, no importa la calidad disperso de los espacios y los tiempos recorridos. Toda historia de naufragos es, por así decirlo, metáfora de un extrano y una enajenación. El viajero pedirá intentará recuperar los elementos culturales que preservan su condición de hombre (civilizado); registrar el tiempo, pues sólo el hombre es consciente de su propiovenir, y ubicarse en el espacio o, en su defecto apropiarselo (definirlo).

Hará entonces marcas en los árboles para contabilizar lo transcurrido pero mucho más importa constatar lo ocurrido, diferenciar entre la huella y el testimonio. Es aquí donde se presenta el ya mítico mensaje dentro de la botella que, más que expresar una ciega confianza en los azares del mar, manifiesta esta necesidad de proyectar lo presente hacia un futuro, futuro que permita, a su vez, reconstruir un pasado de entre todos los posibles.

Y curiosamente, es así como se inicia esta aventura a bordo del Duncan, con el halazgo accidental de una botella conteniendo un mensaje.

Agnes Heller, en su *Teoría de la Historia*, parte de la novela de Verne y nos muestra cómo aquél halazgo fuerza a los tripulantes del moderno barco a realizar una interpretación del mensaje incompleto, llenando las lagunas del misterio y estableciendo una teoría que los llevará más tarde a la Patagonia. Heller examina como las diferentes interpretaciones de aquél mensaje van conformando distintos pasados y modificando entonces los actos futuros de los protagonistas, demostrando así que el pasado histórico no es lo que está olvidado sino

lo que puede ser recordado. Versiones más actualizadas del sabio Paganel, conscientes de esta paradójica conexión entre el pasado y el futuro, han ideado también versiones más actuales de la botella del naufrago. En 1967, en una exposición realizada en Montreal, se enteró una de las llamadas "Cápsulas del Tiempo" contenido, entre otras cosas, una bikini, grabaciones de Los Beatles y un paquete de pilas anticongeladoras.



Los grabados utilizados en este número de LCF fueron tomados de la edición de J. Hetzel de *Les enfants du Capitaine Grant* que forma parte de los *Voyages et Aventures Extraordinaires de Jules Verne*. Los grabados pertenecen a Riou, yacuista de todas las ediciones de Verne y fueron seleccionados de los dedicados a ilustrar el recorrido por la Patagonia de los hijos del capitán Grant en búsqueda de su padre.

## Sumario

2 Carlos Macchi: En una botella

3 La Ciudad Futura: Frente al vacío, soluciones políticas

4 Fabián Bosser: Después de Panamá

José Aricó: Malestar y dudas

5 Javier Franzé: El empate tan temido

6 Beatriz Sarlo: Un desafío socialista

7 Sergio Bufano: Peronismo: como dos gotas de agua

21 La Ciudad Futura: El barco en la tempestad (conversación con Federico Storani)

23 Giancarlo Bosetti: Entrevisita de L'Unità

13 Norberto Bobbio: El congreso del PSI: aprovechar la ocasión

14 Luciano Pellicani: Carta abierta a Norberto Bobbio

25 Waldo Ansaldi: Informe sobre Brasil

28 Jorge Tula: Esa cosa llamada

### Ensayo

## La Ciudad Futura

B. Mitre 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.  
Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julián Gardano, Miguel Angel García, Julio Godío, Antonio Marinón, Guillermo Ortiz, Ernesto Seman, Pablo Seman.

Comité Asesor: Emilio de Ipoli, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Korz, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi Servicio de Ilustraciones: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaráz 1955, Cap. Fed. Distribuidor en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribuidor en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Cap. Fed.

Nº de Registro de la Propiedad intelectual: 15268. Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jäureguí.

lo que puede ser recordado.

Versiones más actualizadas del sabio Paganel, conscientes de esta paradójica conexión entre el pasado y el futuro, han ideado también versiones más actuales de la botella del naufrago. En 1967, en una exposición realizada en Montreal, se enteró una de las llamadas "Cápsulas del Tiempo" contenido, entre otras cosas, una bikini, grabaciones de Los Beatles y un paquete de pilas anticongeladoras.

Sobre el pacto político

## Frente al vacío, soluciones políticas

Dentro del dramatismo de una crisis que amenaza con devorar los precarios lazos que hoy ligan a la sociedad argentina con el estado, una señal sensata parece emerger con fuerza creciente: la que indica el convencimiento de muchos actores acerca de que las raíces de esta disolución son políticas y que, por lo tanto, sus medios solo pueden buscarse en ese nivel. No se trata, es obvio, de subestimar sus efectos económicos. Ellos ocupan el centro de la escena y por ellos padecen desesperación millones de compatriotas, arrastrados a una vida cotidiana cada vez más dura. Pero la economía —expresada en el dólar en las tasas, en los bajos salarios, en los altos precios, en todo lo que hace a la especulación— es el factor que sumará a la hipernflación la hiperinflación de los titulares— no es un dato técnico en busca de soluciones también técnicas. En nuestra Argentina es la cara más visible de una crisis que, "gramscianamente" y con perdón de monseñor Quararico, no podemos calificar sino como crisis de hegemonía.

A partir de allí todos fueron tumbos. El liderazgo de Alsogaray, con el que Menem buscó reemplazar un término de la ecuación, se ha mostrado aún más débil en su intento de disciplinar el capitalismo. El resultado evidente de su extravagante plan —inédito para la experiencia mundial— que quiere donar a la hipernflación con la "libertad" de mercados oligopólicos no ha sido otro que sumar a la hipernflación la hiperinflación, generando así un cuadro de colapso generalizado para todos aquellos que no pueden imbarcar con el dólar y mostrando que, dadas las características especulativas de nuestro capitalismo, la recesión no destruye a la inflación sino que la realimenta. Quizás lo único bueno dentro del desgarro cuadro que nos abruma sea este derumbo de uno de los más persistentes mitos del neconservadorismo.

En efecto. Cualquier que sea el programa económico que quiera implementar el gobierno, hoy, a nueve meses de su gestión, no parece tener las bases de autoridad para tornarlo perdurable. Ha perdido el crédito de confianza el margen de confiabilidad que la sociedad le confirió abrumadoramente hasta fines de año, imprescindible para salir de este círculo vicioso de "ajustes" y "sobrereglas" cada vez más breves, costosos e ineficaces. Las recetas elaboradas en los gabinetes, que dan lugar a sucesivos planes redactados en el siglo de los fines de semana, no alcanzan sino para incrementar el ejercicio de los descontentos. El país, así, se precipita en un remolino de disolución que presagia horas sombrías.

La descripción no peca de exagerada. Ya hay voces —como la del locutor obispo citado más arriba— que convocan a "soluciones drásticas" y algunos diarios norteamericanos comienzan a hacer pronósticos agoreros sobre una intervención militar. Podría coincidirse que ella no parece inminente, al menos para desalojar al poder civil, pero cuidado con facilitar la creación de esos espesos clímax de opinión que siempre prefiguran, en una cultura política autoritaria como la nuestra, la emergencia de soluciones mesianas. El deterioro social y el escepticismo moral de la población puede encontrarse con ellas ni bien cualquier chispa se propague a ese material colectivo fácilmente combustible.

¿Cuándo comenzó a perder el gobierno menemista el necesario consenso para gobernar? En el momento en que fracasó su audaz maniobra inicial: la alianza con Bunge & Born. En los papeles ese proyecto debiera haber asegurado una formidable concentración de autoridad al ligar un poder electoral en crecimiento con lo que aparecía como lo más expresivo del poder económico. Su punto débil estaba en la resistencia social que a larga el modelo podía generar pero curiosamente no encontró sus límites. Fue otro riesgo posible el que lo hizo

piración en Pinochet —le ha decidido com-

prar.

Resulta notorio que, librado a su albedrío, nuestro capitalismo no acumula progresivamente sino que atormenta a través de variadas vías financieras que transforman sus ganancias en capital que se fuga. Días atrás se dijo que ese drenaje le costó al país en los últimos meses alrededor de 12.000 millones de dólares. Por ese trámite está clara que no hay "revolución productiva" ninguna; sin un disciplinamiento por parte del estado no se ven remedios a la vista para esta crisis que ya ha licuado a la moneda (no sólo al austral sino hasta a un contagioso dólar) y que puede hacerlo también con la débil trama que liga con el estado el archipiélago de sociedades particulares que nos constituyen. De ahí la importancia del tema de la gobernabilidad, colocado en los últimos tiempos en el centro del debate.

Lamentablemente esta discusión, como tantas otras en la Argentina, corre el peligro de ser maibutada. Asombr, por ejemplo, la superficialidad con que algunos voceros del ala que se supone avanzada de la renovación peronista —hoy en franca disidencia con el gobierno— han planteado la cuestión. Es que el tema de la gobernabilidad alude centralmente a la posibilidad de consolidar esta precaria democracia y de ese compromiso no es posible abordar sobre todo hoy, cuando estamos caminando al borde de un precipicio. La gobernabilidad significa en principio, una condición necesaria para darle densidad política a un sistema débil y a partir de ahí reformular a un estado sin poder.

Pese a su espectacular voluntarismo, el grupo Menem ha advertido este vacío de autoridad del que la fortalecida inflación es sólo un síntoma. Pero tanto el como Alsogaray creen mucho más en los "políticos estrella" y en las corporaciones que en los partidos. De ahí la operación que busca cooptar a Aníbal al primer plano del gobierno. Si tanto

el presidente como su principal asesor actúan al margen de sus partidos ¿por qué no podría hacerlo el gobernador de Córdoba? No parece sencillo que el procedimiento alcance el éxito, aunque fuera porque Anguita tiene mucho que arrasar y poco que ganar personalmente en esa empresa. Además, pese a su aparente astucia, el experimentado parece inocente.

Es que la ingobernabilidad, la falta de confianza, la "desobediencia" de los mercados habrá de sacudirse con la suma de lidersazgos individuales? La autoridad no es una cárceles vacía sino el producto de un consenso que asciende a la voluntad de la sociedad desde la dirección del estado. Y eso se consigue sin fortalecer su capacidad de regulación y sin modificar este programa de libertad de los mercados. Se hace difícil que, salvo con costos muy altos, este proyecto al cual está formulado pudiendo sostenerse: la "pinchotización" de la economía puede devener "pinochetización" de la política.

S e abre entonces la discusión de las alternativas. Una propuesta que aparece inistentemente es la de la "peronización" del gobierno y de la economía, que curiosamente esgrime un extraño arco que va desde "Chacho" Alvarez hasta Ramón Saadi. La demanda quiere ser transparente pero en verdad resulta muy opaca, tan confusa como el clamor de voces que la levantan. Es que hay pocos significados más equívocos que los del verbo "peronizar", como demuestra trágicamente entre 1973 y 1976.

Otras propuestas no salen de un nivel testimonial, especulando quizás con que los rigores de la crisis alienen explosiones de masas de las que podría sacar partido. El riesgo de esa apuesta al vacío es que quienes más recajan frutos sean los acechantes "caparras", capaces de montar un discurso populista y autoritario que prende en los sectores más desheredados de la sociedad, castigados por la miseria creciente y las incomprensibles promesas de la democracia.

No resistimos a pensar que no haya otros caminos que el actual, la "peronización" o la aventura retórica. Crecientemente aparecen voces que, advertidas del carácter político de la crisis económica, avanzan en definiciones que buscan reconstruir las quebradas relaciones entre la sociedad y el estado, que aspiran a superar la actual crisis de hegemonía sobre la base de un realiamiento de las fuerzas políticas a partir de un programa capaz de reformar al estado, a la economía y a las instituciones en el marco de una modernización democrática y justa. Pero el tiempo urge, devorados como estamos por las llamas de una crisis estatal que no tregua. Se hace necesario acortar distancias, apurar los trámites de una convocatoria popular que sea capaz de proponer soluciones viables para salvar a una democracia gravemente amenazada.

La Ciudad Futura



## Después de Panamá

**S**i Washington ha decidido que el fin de la guerra fría internacional autoriza el inicio de la guerra caliente interamericana, nadie ni nada se encuentra a salvo" escribió Carlos Fuentes. El gobierno de los Estados Unidos no ha esperado que empiece una nueva década para demostrar que posee una nueva lectura del mapa mundial, distante no sólo de la clasificación de la contención y el bipolarismo rígido de los '50 sino también del final (felicidad) de la historia postulado por Francis Fukuyama.

La cruenta intervención militar a Panamá con que George Bush obsequió un nuevo cardumen al viejo ibúron en la navidad del '89, si bien representa una lamentable continuidad histórica que seguirá insufrible, sin dudas, el espíritu de ese ancestral imperialismo "libertario" imposible de entender fuera de sus fronteras reales, revela—al mismo tiempo—la brecha que separa Guatemala del '54, Bahía de los Cochinos del '61 y Santo Domingo del '65 con esta invasión veinticinco años más tarde.

La misma distancia que existe entre Jacobo Arbenz, Juan Bosch o el Fidel Castro de entonces y las experiencias populares que ellos representaron, y la fantochada protagonizada por un ex jefe de inteligencia

y agente de la CIA que ha entrerrado el legado de Torrijos provocando la pérdida del canal biocéntrico casi como su compañero de estudios y amigo Leopoldo Galtieri lo hiciera con Malvinas.

En tal sentido, es difícil interpretar estas incursiones vinculadas con el desmantelamiento de material y recursos "obsoletos" y esto relacionado con la crisis de los estados nacionales en la región, y una nueva articulación de la contención y el bipolarismo rígido de los '50 sino también del final (felicidad) de la historia postulado por Francis Fukuyama.

No es ya osado pensar que no sólo los "think tank" sino los propios estrategas y decisiones del Departamento de Estado y el Pentágono han dibujado su inserción en un subcontinente que seguirá insufrible, el fantasma de la "amenaza soviética" no importa tanto ejercer un dominio imperial heredógeno como realizar intervenciones disciplinadoras en las zonas periféricas de la nueva barbarie. Apenas —como lo grafica la autorizada pluma de Mariano Grondona en un artículo titulado orgulloso como "Los Estados Unidos, policía del mundo"— "premios adicionales para compensar a lasaciones por el aburrimiento y la inacción que les espera".

En este escenario, han caducado las estructuras concentradas con qué apuntular

estados autoritarios férreos y los esquemas de adoctrinamiento de la Escuela de Panamá, antiguo foco de irradiación de la "doctrina de la seguridad nacional". En la nueva visión no se conciben los golpes de estado clásicos ni las fuerzas armadas tutelares, sencillamente porque no hay ya estados a los cuales golpear ni estructuras que someter; el poder legal se ha diseminado en fragmentarios poderes reales y la clave de poder radica hoy en cómo mantener este equilibrio instable en el "paño trapecio" sin poner en peligro las "fortalezas" y ciudades de los enclaves.

Las posteriores excrecencias de la seguridad hemisférica deben ser "reconvertidas" a la nueva estrategia de vigilancia localizada. Es lo máximo a lo que puede aspirar el imperio que además de haberse quedado sin enemigos —como dijera Octavio Paz— "estrena decadencia".

Entendido así tal vez nos permitirá tener más en claro qué es lo que se condena y qué lo que se apoya. Así como no era admisible justificar a un personaje fascinante como el general Manuel Noriega aduciendo un dudoso antiparlamentarismo, será éticamente abominable y políticamente suicida adoptar un pragmatismo pasivo (tan improductivo como la retórica nacionalista) fren-

te al calvario de los pueblos centroamericanos.

El campo de enfrentamiento no es entre los noriega (se llamen éstos narcotraficantes, senderistas, fundamentalistas o "carapintadas") y los marines invasores, "protetores" o "liberadores", también con la cara pintada; dos términos que en definitiva forman parte de una misma lógica: se retroalimentan.

La divisoria de aguas se encuentra entre una manera de resolver esta crisis de época que conduce a la barbarización, a formas degradadas de sobrevivencia, y otra que busca espacios de concertación, paz y más democracia en la región.

Luego de la dura travesía hacia elecciones libres en Nicaragua, Panamá precisa arrimarse a ese proceso con la mayor transparencia, para recuperar lo que ha perdido con Noriega y con las tropas de ocupación norteamericanas. Los miles de muertos son irreparables; pero las masacres deben detenerse. Y obviamente no con canoneras ni "guerras de baja intensidad".

Entendido así lo que nos permite tener

más en claro qué es lo que se condena y qué lo que se apoya. Así como no era admisible justificar a un personaje fascinante como el general Manuel Noriega aduciendo un dudoso antiparlamentarismo, será éticamente abominable y políticamente suicida adoptar un pragmatismo pasivo (tan improductivo como la retórica nacionalista) fren-

Fabián Bossoer

## Malestar y dudas

C onfieso que además de sorprenderme, como a todos, la derrota electoral del sandinismo me ha causado un profundo sentimiento de malestar. No contra el sandinismo, por supuesto. Al fin de cuentas, el FSLN condujo a la victoria a la guerrilla anticomunista, dirigió un proceso revolucionario, administró un país destruido en la construcción de una vida económica autónoma y dio a una nación que no lo tenía una institucionalidad democrática que acaba de resistir la prueba de una elección tan pulcra como jamás la hubo en la región ni en muchas otras partes del continente. Y lo hizo en medio de una guerra despiadada que contra el desastre fueron protegidas por los países vecinos y sostenidas por la potencia más fuerte de la tierra.

No pudiendo preservar a su pueblo de una acción militar que no desearon, ni de una gravísima situación económica en gran medida causada por dicha acción, los sandinistas salieron el honor y la dignidad de una pequeña nación humillada históricamente por el imperialismo yanqui. Más allá del juicio que se pueda tener de toda su acción en la sociedad y en el estado, no debería retocarse el mérito que le corresponde como la fuerza más cabalmente patriótica y transformadora de la nación nicaragüense. El hecho transitorio de una derrota electoral no puede invalidar una tara de la magnitud de la emprendida por un movimiento que debió enfrentarse a condiciones adversas para lle-

varla a cabo, pero que no obstante condujo a su pueblo hacia una desembocadura democrática.

Esto pudo ser posible porque a diferencia de otras fuerzas revolucionarias, el sandinismo pudo extraer de la lección de los hechos una verdadera prueba de la lección de las fuerzas unitarias que los demás rehusaron aceptar. La revolución no puede cesar por encima de la nación misma, no puede ser un fin en sí mismo impuesto por no intereses que median y sin contar con la opinión de los hombres concretos, de los hombres de carne y hueso. En definitiva, una revolución sólo se justifica y perdura si contribuye a la bienestar y la felicidad de su pueblo. En la medida que una revolución sobrevenía y no simplemente se escape, casi por definición no puede menos que existir una brecha más o menos amplia entre su acción transformadora y una institucionalidad democrática en la que se sedimenta. Pero a breve o a largo plazo (y mejor que sea a breve) porque a la prueba del comicio, han dado un ejemplo inédito de cómo de una revolución puede pasarse a una institucionalidad democrática sin que las fuerzas que la dirigieron se desintegren. El sandinismo ha mostrado con hechas que no es verdad que las lecciones de la historia no cuentan frente a la rigidez de los dogmatismos ideológicos. Desde este punto de vista debemos saludar la elección en Nicaragua como un triunfo de la democracia y de un nuevo principio de realismo político y de espíritu patriótico.

A título de qué, entonces, la sensación de malestar? Al vez a que, como muchos otros, yo confiaba en que tanto sacrificio y clarividencia fueran premiado por su pueblo. Quizás, con mayor razón, a que no vistimos, entre quienes triunfaron, aquellas figuras políticas, intelectuales y morales en defensa del establecimiento de un cabal estado de derecho y de una profunda democracia política. En última instancia, ninguna revolución encuentra justificación si no pasa por la cabeza de la gente, porque solo así logra consenso, ejercerlo transitorio de una derrota electoral, no puede invalidar una tara de la magnitud de la emprendida por un movimiento que debió enfrentarse a condiciones adversas para lle-

varla a cabo, pero que no obstante condujo a su pueblo hacia una desembocadura democrática.

Existe en la práctica un dualismo de poder extremadamente peligroso para todos. Muchas cosas dependen de la seriedad, de

José Aricó

(Publicado en Página/12 del 4.3.1990).

## Corporativismo y pacto político

## El empate tan temido

Javier Franzé

S ucede que el urbanismo gráfica la política. De hecho, comienza a elevarse la uniforme aridez de las moles fascistas y ya la Bauhaus conocía la clausura de la Gestapo. "Antinacional y bolchevique", se alcanzó a escuchar.

Para el caso argentino, lo que cuadra es la plaza de pueblo. Centro de la vida pública, de su prolixia parecen encargarse quienes dominan su entorno: allí se domicilan, reservadas, las "fuerzas vivas". Y allí permanecen, naturalmente.

### El bacilo de los partidos

El desvanecimiento de los planes BB y II, el consecuente recambio ministerial, el posterior fracaso del plan Erman I y finalmente los retoques al Errman II, evidencian que la actual crisis económica argentina cruza las administraciones gubernativas, sin variable directamente dependiente de éstas. Tal dato dio por tierra con el discurso inicial de la actual administración, según el cual toda la convulsión tenía su origen en las fallas de la gestión precedente. A poco de recorrer el estrecho sendero que indicaba esa interpretación, la estrategia discursiva se volvió en contra de sus portadores. Si la crisis dependía de los gobiernos de turno, entonces ahora la culpa debía recaer sobre la administración Menem.

Más allá de lo que de operación política contiene, aquel discurso fue un índice de la política de alianzas que el gobierno comenzó a ensayar. Preunció la sustitución del interlocutor: no más la sociedad civil a través de los partidos, sino los grupos heredógenos que componían la corporación. Viejo núcleo duro de la composición ideológica peronista, la ilusión de la "comunidad organizada" no dejó de lado por el menemismo en su tránsito al neocomunismo. Por el contrario, pareció reforzarse.

Y este es el dato nuevo que la actual administración agrega como lo propio a la crisis. Porque la mella del poder político aparece en confrontación explosiva con la crisis económica fruto del quebre del patrón de acumulación, produciendo un vacío de dirección política en momentos en que también opera de hecho un vacío de grupos heredógenos, esto último consecuencia de una debilidad histórica de la burguesía argentina y además porque en la transición hacia el nuevo esquema de acumulación no emergen aún los grupos sobre los cuales éste se sustentará.

La puesta de costado de la política como mediación entre estado, sociedad civil y mercado está inscrita en la lógica corporativa. Según esta mirada organista de lo social, las corporaciones no constituyen un dato histórico sino, por el contrario, son los miembros inherentes —a la manzana de orgános— de lo que gusta llamar la "naturaleza del cuerpo social". Son, por lo tanto, el sentido de la existencia de la sociedad en cuanto tal, las portadoras de su identidad.

En la medida en que, según el ideario corporativo, las corporaciones son a la so-

ciedad lo que los órganos a un organismo vivo, no sólo queda naturalizado lo que es histórico —y así despojado de su carácter tránsito y mutable—, sino que, por otra parte, va postularse como necesaria la preservación de esas organizaciones/órganos a fin de asegurar el sano funcionamiento del todo social/organismo. Si algunas de ellas es transformada a peor aún, desplazada de su función, se correterá el riesgo, advierten, de la desintegración del conjunto en tanto tal.

Y aquí aparece el papel que el corporativismo le reserva a la política, el sentido que le confiere como actividad: el de asegurar la conservación intocada de cada uno de esos órganos, para garantizar la vida (en su tipo de vida, claro está) del organismo.

Los partidos políticos, según esta lógica férrea, exacerban los intereses de las partes, potenciando el conflicto. Tal disputa lleva a la hipertrofia de uno de los miembros en desmedro del funcionamiento del conjunto: el conflicto —propio de una dinámica plurítmica, y en este sentido siempre "inorgánica" — es así la enfermedad que atenta contra la armonía y la salud sociales. Por el contrario, las corporaciones, por ser órganos naturales, se relacionan entre sí coordinadamente, permitiendo una autorreproducción continua e inmutada.

### El pacto según sus actores

Desde ese sitio ideológico el gobierno entendió su tarea en términos de restauración.

La administración precedente, al no ajustarse a la dinámica de esos miembros que sustentan el funcionamiento del organismo social, había generado en la confrontación heridas que necesariamente había que cicatrizar. El golpe de estado económico desatado el 6 de febrero del '89, seguramente, no estuvo destinado a desgastar el poder político de la administración Menem en particular, y así es de la urgencia que la actual administración agregue como lo propio a la crisis.

Porque la mella del poder político aparece en confrontación explosiva con la crisis económica fruto del quebre del patrón de acumulación, produciendo un vacío de dirección política en momentos en que también opera de hecho un vacío de grupos heredógenos, esto último consecuencia de una debilidad histórica de la burguesía argentina y además porque en la transición hacia el nuevo esquema de acumulación no emergen aún los grupos sobre los cuales éste se sustentará.

Así, lo que tendría que haber sido su primera tarea, la reconstrucción del poder político (no el de un adversario en particular, sino el de la dirigencia política en su conjunto), se transformó en el primer estorbo que habría que sacar del camino de la pacificación y unión nacionales. Es que la sociedad (o, para decirlo corporativamente: la nación) estaba en otro lado. No en la sociedad civil y sus partidos. La recomposición pasaba, entonces, según esta lógica, en ubicar a un hombre de la Iglesia en Educación, uno de la CGT en Trabajo, un empresario en Economía y uno de "buen diálogo" con las FFAA en Defensa.

La estrategia oficial de vaciamiento del

campo político se vio alimentada por medios tales como el indulto, que legitimó la inadmisión del poder militar y así tendió a recomponer la tutela castrista sobre las sociedades restantes como subordinadas dentro de un nuevo bloque de clasehomogéneo. El caso más claro de este tipo de empate lo constituyó la imposibilidad/incapacidad del grupo Bunge & Born no para ocupar el estado, sino para ejercer su poder de manera efectiva por largo tiempo. Grupos residuales, pero con suficiente capacidad para neutralizarlo, lograron desalojarlo del Ministerio de Economía (vg. la "patria contraria").

En este cuadro donde el desgaste del poder político y el empate interfazaciones del poder económico se realimentan, el pacto político que ahora parece intentar el gobierno no puede sino surgir desde una posición defensiva.

El fantasma de una profunda incomprendimiento de las características de la crisis y, por tanto, del tipo de político que es necesario construir, aparece como el obstáculo de mayor peso que se les presenta a los partidos mayoritarios. Esto se expresa, en el seno del gobierno, en su intento de echar mano a ensayos corporativos en momentos en que no se puede ejercer ningún tipo de arbitraje; y en el principal acuerdo político sin enfatizar la necesidad de éste servir para recomponer la dirección política sobre los grupos dominantes. A esto hay que añadirle, por cierto, la conducta pública de la UCR, construida sobre la subordinación de toda crítica al temor de que ésta alimente una popular escalada desestabilizadora de grupos fundamentalistas y antidemocráticos. Así, de hecho, el silencio acrecentó como todo respuesta a la desconfianza de la población en situaciones de desequilibrio económico y social, en el sentido de que no se puede ejercer ningún tipo de arbitraje; y en el principal acuerdo político sin enfatizar la necesidad de éste servir para recomponer la dirección política sobre los grupos dominantes. A esto hay que añadirle, por cierto, la conducta pública de los grupos económicos dominantes, basada en la mesquina de tensar la cuerda social hasta el extremo a fin de obtener mayores márgenes de ganancia. Desentendiéndose, por lo tanto, de la construcción de una relación de hegemonía respecto de la sociedad, ésta es un vínculo de dominación basado en el contrapunto coacción-consenso. Su acción, propio de un modo por momentos puramente coercitivo, más apto para el sudeste asiático, transparenta, en verdad, su carácter cuantos menos pre-keynesiano.

Con este fondo de empate entre las fracciones del poder económico dominante y desgaste del poder político, el pacto político que ahora parece intentar el gobierno surge, decíamos, desde una posición defensiva, en tanto solo se plantea como medio instrumento para recomponer la situación inicial de consenso mediante la agregación cuantitativa de dirigentes al elenco gubernamental.

No plantear el acuerdo político como vía para cambiar la relación de fuerzas existentes entre poder político y poder económico, sea porque solo se intenta renovar un consenso que en definitiva dará más alrededor al juego corporativo que no pretende desestabilizar la desestabilización proveniente del desgaste político desandando la generada por la cuestión social, aparece como un signo de incomprendimiento del carácter de la crisis por parte de los actores políticos, inscribiéndose en la misma dirección de la crisis como óptica inercial de un tiempo que ya fue.

## La construcción de un ideal de transformación

# Un desafío socialista

Beatriz Sarlo

**E**l fracaso del menemismo, si lo miramos en relación con las esperanzas que guiaron el voto en 1989 y también respecto de las expectativas, más moderadas, del partido vencedor, tiene consecuencias políticas y sociales que están a la vista. Además, este fracaso podría marcar un punto decisivo en la disolución del ideal populista con el que el peronismo selló la ideología argentina de las últimas décadas. La homilía sobre los poderes salutarios del mercado, el sermón antiestatista, la caída en desgracia de los nacionalismos y de la vocación tercermundista, las visiones del nuevo realismo político que difiere hacia el futuro el cumplimiento de anteriores promesas de felicidad hechas a los pobres y ensaya la apología de los poderosos, todos estos temas poco previsibles en un gobierno que fue elegido como peronista, sumergen en el ácido de la mutación los pérpetos clásicos de la ideología populista.

Es difícil prever de qué modo una identidad que tuvo fuerza y persistencia en la articulación de deseos y voluntades, recompondrá el mito político que se ha perdiido quizá definitivamente. Consideremos que está horadando el compositum ideológico, que se crea triunfalmente hegemonico desde la caída del gobierno radical y hasta hace poco, aunque no está escrito en ninguna parte que deba llenarse con otra cosa, abre la posibilidad de pensar en nuevas disposiciones y alineamientos. Hay deseos y necesidades que no encuentran su política, que por ahora se sostienen al margen de la esfera pública, a la espera.

Es muy difícil pronosticar si podrá resurgir en algún discurso político en la Argentina la hipérbole y el vaciamiento presidencial, pero, en la profundidad de la crisis está la esperanza de que sólo una renovación decidida y nuevos protagonistas tendrían alguna (dilegida) posibilidad de torcer el curso de los hechos. Los partidos tradicionales con estilos que hacen respetables incluso los errores del radicalismo, no están en condiciones de diseñar y poner en práctica políticas de transformación, y sólo en el primer tramo del gobierno del Dr. Alfonsín, el ideal democrático se constituyó en fuerza poderosa de identificación colectiva. Si bien la restauración de las instituciones es un punto virtuoso de la administración radical, ello mismo puso de manifiesto la insuficiencia del programa democrático *tout court* si de lo que se trata es de promover transformaciones más profundas.

### La condición democrática y la justicia

La institucionalidad democrática es una condición y no un límite de la política; esto debería comprenderse en la izquierda que, cuando la pensó como límite, hizo causa omisio de la condición y, en algunos casos, demuestran los movimientos sociales, la desinjerencia con las lógicas políticas que experimentan, en la Argentina actual, los dirigentes de ocupaciones o movimientos vecinales, el tedio de la política en el movimiento estudiantil, obligado a convocar

La crisis argentina dio motivo para que en 1988 surgieran dos iniciativas de la sociedad. Ambas indican un camino inseparable de su efectiva democratización. Para que un sistema político no se convierta en un cuerpo cerrado e impermeable a las demandas de la sociedad es preciso que desde ésta se generen movimientos y experiencias que lo dinamicen.



Un desafío socialista

mente, infinita en su potencial de cambio. Y es un hipotético sujeto democrático, de izquierda socialista, el que podría demostrar la viabilidad socio-política de esta propuesta. Será esto suficiente para restaurar la credibilidad de lo político en la Argentina post-menemista? Seguramente. Sin embargo, de la crisis de la política no se sale sino con más (y nueva) política, excepto que resignemos el presente a las tentaciones autoritarias no sólo arraigadas en el fundamentalismo militar sino en otros lugares de la sociedad argentina.

La tarea de restarle un discurso político en la actual coyuntura de despolitización podría, quizás, considerar algunas de las reflexiones que siguen. Por una parte, que las desigualdades e injusticias no producen, necesariamente, un deseo de un mismo fundamento. En primer lugar, el hecho de que hoy desaparecen derechos sociales adquiridos en el último medio siglo y que están desapareciendo durante gobernanzas que son identificados, gross modo, con la instancionalidad democrática. En segundo lugar, que el desencuentro del estado y la decisión de forzar su repiegue hacia ciertas reglas de invención sin que la sociedad civil tome a su cargo los servicios que ese estado proporcionaba, no hace sino resaltar las desigualdades. De servicios seguramente imperfectos y costosos, la Argentina pasaría a una resplandiente oficina privada que, hasta el momento, sólo se ha materializado para los ricos y algunos de los pobres. Se ha achicado el campo de derechos sociales que proporcionaban un tipo de legitimidad a la política y a los políticos.

Las soluciones tecnocráticas a estos problemas se proponen como única salida a la ausencia de proyectos transformadores; se vacía el discurso político y las decisiones se subordinan crecientemente a límites vecinales, el tedio de la política en el movimiento estudiantil, obligado a convocar

que es una parte de una creencia compartida incluso por quienes son sus víctimas, necesita de una decidida discusión de los socialistas. Considerando el ideal de igualdad como uno de los motores básicos de una política socialista, si se quiere como el horizonte que rige la dirección y la política aunque este muy lejos de las condiciones presentes, los socialistas se apropiarán de la posibilidad ideológica de diseñar intervenciones reguladoras de la mecánica del mercado, que no es precisamente ciega sino más bien dirigida por fuerzas que deciden, según su peso e intereses, en ese espacio que es la oposición a las desigualdades.

Así las cosas, pensar el socialismo es pensar en contra de lo que se ha construido como sentido común político de los últimos años. Y, quizás, también atreverse a romper, en algunos puntos, con el sentido común colectivo; por ejemplo, con las formas primitivas de antiestatalismo que hoy prevalecen, traduciendo, según los sectores sociales, una antipatía promocionada a las estructuras burocrático-administrativas o modalidades posmodernas de individualismo, cruzadas con la convicción ingenua sobre las bondades de un *falso* impracticable y no practicado en ninguna sociedad medianamente compleja.

### Una tradición invisible?

Pero pensar el socialismo implica, también, el reconocimiento de que no existe una tradición socialista viva en la Argentina. Por duro que parezca el socialismo forma parte del pasado de la clase obrera y sobre todo de los sectores medios ilustrados; es un capital histórico que se puede reivindicar orgullosamente, hasta un cierto punto, pero que ha padecido los efectos de dos procesos políticos que definieron la cara de la Argentina en los últimos cincuenta años; por un lado, la construcción de una hegemonía nacional-popular (cuyo centro hoy ha establecido); por el otro, la ocupación del virtual espacio socialista (desde los años sesenta hasta el golpe de estado de 1976) por discursos y prácticas militaristas, autoritarias, terroristas, guerrilleras, milicianas... Estos procesos ideológico-políticos insuflaron la mayor parte de las energías transformadoras y rehicieron la tradición socialista en el rincón poco visible, donde hoy nos encontramos.

Asimismo, recomponer esa tradición no fue tarea sencilla en ningún lugar de la tierra y los partidos socialistas y socialdemócratas se encuentran con las dificultades de diferenciar, no siempre exitosamente, la administración del capitalismo respecto de la invención de políticas de transformación. Como sea, el ideal socialista, por lo menos en Argentina, sólo podrá articularse si parte del reconocimiento de que los temas del nacional-populismo y los de la revolución ocuparon, hasta hacerse desaparecer casi por completo, el espacio potencial del socialismo. Producir hoy espacioso no es un trabajo de restauración, ni sólo de reconocer como autorizado a proclamar peronismo a todo aquel que hubiera participado en la resistencia. No obstante, el patrón del tiempo y el camino que tomaron algunos ex resistentes durante el fenómeno lo-perezguista ha anulado ese mero vínculo como la mentira, afirma Arendt "y se convierte en una actividad cuya valor no es evidente para todos los que podrían interesarse en un sentido de transformación".

Por otra parte, la crisis de lo político en la cultura juvenil urbana, la desconfianza hacia la política que allí son poderosos, demuestran los movimientos sociales, la desinjerencia con las lógicas políticas que experimentan, en la Argentina actual, los dirigentes de ocupaciones o movimientos vecinales, el tedio de la política en el movimiento estudiantil, obligado a convocar

### El ideal de igualdad

El socialismo necesita intentar estrategias de recomposición de dos dimensiones que hoy parecen irremediablemente esenciadas: el ideal de igualdad como ideal no sólo político, es decir, como valor que sustenta no sólo la ciudadanía política sino que diseña un espacio de reformas económicas y sociales que afectan tan profunda y ampliamente a la política la vida de hombres y mujeres. Así como la afirmación de derechos políticos universales constituye el horizonte del liberalismo democrático, este horizonte no se clausura alrededor de su dimensión liberal, y el socialismo podría extender el sentido del discurso liberal. Si hay un impulso que puede recuperarse de una tradición centenaria es el de la oposición a las desigualdades.

Sólo una lectura ingenua podría imaginar que aquí no encontramos nuevas problemáticas, en una sociedad que atraviesa, justamente, una etapa de desinterés por la extinción de los derechos sociales y la profundización de desigualdades económicas. En la situación argentina, el socialismo no podrá limitarse a un discurso general o a una instancia sólo crítica. Más bien al contrario, el desasus del capitalismo criollo requiere, por mismo, el desarrollo de propuestas que afecten algunas certidumbres del sentido común colectivo y puedan convertirse en discursos que organicen la discusión pública.

Simplemente, un proyecto socialista debería presentar las pruebas de que hay políticas más igualitarias, si se rechaza la fuerza bruta que impone a los más poderosos mediante propuestas que, al mismo tiempo, no naufragen en un anacrónico voluntarismo antieutivo. Rediseñar el estado, en este marco valorativo, supone reforzarlo para que sea capaz de intervenir, para que tenga los medios que permitan proveer con dignidad humana a las necesidades colectivas, para que ejerza políticas que consideren la legitimidad de reivindicaciones sociales por lo menos tanto como las necesidades de crecimiento e inversión. Los socialistas podríamos articular un discurso en

el que quede claro que inversión y redistribución no pertenecen a dos etapas tan escindidas como las etapas de la revolución en el leninismo clásico.

A no dudar, esta rediscusión del ideal de igualdad privilegiada de relación con lo nuevo. Esta relación, que es preciso reforzar, deberá vincularse hoy con las experiencias de punta (culturales, estéticas, comunicacionales, científicas, tecnológicas, de organización y experimentación social y moral). Así, de su tradición, el ideal socialista podría recuperar una actitud, pero no una sustancia. Difícilmente habrá socialismo si no es el de los asalariados y el de los pobres, pero también el de los jóvenes, los artistas, los intelectuales, las mujeres.

### El partido de lo nuevo

No somos arquitectos de un pasado que hay reconstruir pieza a pieza, sino innovadores y experimentadores. Sin embargo, un rasgo marcó nuestra tradición nacional e internacional desde sus fundadores: el socialismo era el partido de lo nuevo. Descubrió y articuló las posibilidades de nuevos actores sociales, emergentes en el frágil de las grandes revoluciones económicas de fines del XVIII y el XIX; detectó el potencial político encerrado también en las dimensiones culturales del cambio: en la alfabetización, la urbanización, las nuevas tecnologías de comunicación, los diarios y el periodismo moderno; descubrió nuevos participantes en las capas medias y propuso roles de militancia política diferentes; confió en el potencial organizativo de la sociedad, en la autogestión y en las empresas fundadas sobre los principios de cooperación y solidaridad. Los valores defendidos y también conciliados en el ciclo de la revolución francesa, son también los valores del socialismo, y en su fórmula fueron lo nuevo en la Europa del siglo XIX. En algún momento, los socialistas argentinos perdimos el hilo de esa tradición, único que parece imprescindible recuperar.

El ideal socialista, históricamente, fue una modalidad privilegiada de relación con lo nuevo. Esta relación, que es preciso reforzar, deberá vincularse hoy con las experiencias de punta (culturales, estéticas, comunicacionales, científicas, tecnológicas, de organización y experimentación social y moral). Así, de su tradición, el ideal socialista podría recuperar una actitud, pero no una sustancia. Difícilmente habrá socialismo si no es el de los asalariados y el de los pobres, pero también el de los jóvenes, los artistas, los intelectuales, las mujeres.

Difícilmente habrá socialismo si, como pensaba Benjamin, nuestra conciencia histórica no se forma sobre la reparación de las injusticias acumuladas por el pasado. Pero tampoco lo habrá si no somos capaces de anticipar alguna forma del futuro en el presente. Este desafío, por otra parte, no tendría perspectivas si el ideal socialista sólo logra configurarse como programa político en un conjunto de proposiciones sistemáticas. Nuestra alternativa es convertir este ideal en nuevos modos de organizar la experiencia y la práctica, en una reforma de las identidades políticas y en estilos diferentes de intervención pública. El único socialismo posible es el que se trama en una nueva cultura.

Notas:

H. Arendt, *On Revolution*, Penguin, 1988 (1963); A. Arendt, *Men in Good Times*; Chantal Mouffe, *Hegeología y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, España, 1987, esp. p.103 y 172.

\* *Crisis of the Republic*, Harcourt Brace Jovanovich, 1972, p.5.

† Lacau y Mouffe, cit., p. 199

## Peronismo: como dos gotas de agua

Sergio Bufano

bien a los militantes progresistas, muchos de los cuales tenían una larga trayectoria en el peronismo.

Cuando la dirigencia de CTERA Mary Sánchez afirmó hoy que "este gobierno no es peronista" probablemente ignora que está reproduciendo la misma vieja historia que muchos años atrás vivieron compañeros suyos. En la primera mitad de la década del setenta Perón dijo que Vandor no era peronista; y el veterano dirigente sindical, con una audiencia notable, replicó que era Perón quien había dejado de serlo. Vandor fue asesinado por peronistas.

Si bien la historia no se repite, hay que reconocer que en algunos casos es tan parecida como una gota de agua a otra. Cuando a fines de 1973 un grupo de diputados peronistas intentó dialogar con los entonces presidente Perón acerca de la Ley de Asociaciones Profesionales —que concedía poderes autoritarios a los dirigentes sindicales y permitía la intervención en sindicatos no adictos—, y la Reforma del Código Penal —que restauraba todas las figuras represivas que habían sido derogadas el 26 de mayo de ese año por el gobierno campestrista— la respuesta de Perón fue, prácticamente igual a la que recientemente efectuó Menem: "los comunistas no tienen nada que hacer en el peronismo; si quieren afiliarse a los partidos de izquierda y los de la oposición, pues tengan algunos amigos allí". Poco después habló de la infiltración izquierdista no sólo refiriéndose a los montoneros sino tam-

bién a los militantes progresistas, muchos de los cuales tenían una larga trayectoria en el peronismo.

Recientemente esta discusión se ha actualizado debido al acercamiento de Menem hacia los sectores más recalcitrantes de la derecha argentina y a la inmediata reacción de los sectores progresistas del peronismo que acusaron al gobierno de no ser peronista. Como en anteriores ocasiones la respuesta no se hizo esperar: ultrajuanistas y nihilistas fueron los adjetivos que recibieron.

Si bien la historia no se repite, hay que reconocer que en algunos casos es tan parecida como una gota de agua a otra. Cuando a fines de 1973 un grupo de diputados peronistas intentó dialogar con los entonces presidente Perón acerca de la Ley de Asociaciones Profesionales —que concedía poderes autoritarios a los dirigentes sindicales y permitía la intervención en sindicatos no adictos—, y la Reforma del Código Penal —que restauraba todas las figuras represivas que habían sido derogadas el 26 de mayo de ese año por el gobierno campestrista— la respuesta de Perón fue, prácticamente igual a la que recientemente efectuó Menem: "los comunistas no tienen nada que hacer en el peronismo; si quieren afiliarse a los partidos de izquierda y los de la oposición, pues tengan algunos amigos allí". Poco después habló de la infiltración izquierdista no sólo refiriéndose a los montoneros sino tam-

bien a los militantes progresistas, muchos de los cuales tenían una larga trayectoria en el peronismo.

Cuando la dirigencia de CTERA Mary Sánchez afirmó hoy que "este gobierno no es peronista" probablemente ignora que está reproduciendo la misma vieja historia que muchos años atrás vivieron compañeros suyos. En la primera mitad de la década del setenta Perón dijo que Vandor no era peronista; y el veterano dirigente sindical, con una audiencia notable, replicó que era Perón quien había dejado de serlo. Vandor fue asesinado por peronistas.

John William Cooke, Gustavo Rearte y otros dirigentes de izquierda que tuvieron una importante trayectoria dentro de las filas del peronismo fueron siempre marginados y derrotados precisamente porque intentaban insertarle al discurso de Perón su contenido que éste siempre rechazó. Hubo breves períodos, es cierto, en que el líder titánico sus palabras con un tono izquierdista, pero la historia demostró posteriormente —cuando regresó a la Argentina y tuvo que acudir en el terreno de los hechos— que aquellas manifestaciones habían sido realizadas a los partidos de izquierda y a los que ayudaron a alejar a grupos que le servían circunstancialmente a lo que no tuvo de utilidad.

Quienes suponen que la confusión ideológica fue propiciada por el líder se equivocan. Juan Domingo Perón fue siempre claro y conciso sobre el carácter ideológico de su movimiento. Desde su fundación hasta su muerte. El 2 de septiembre de 1946 destacó que el justicialismo "se basa en la doctrina social cristiana". Dos años antes, el 8 de septiembre de 1944, cuando se desempeñaba como vicepresidente de la República, había establecido cuál era la labor que impulsaría en el campo obrero: "anhelamos desestimular las agresiones de toda maniera, la política y las ideologías extranjeras a las masas". Se refería, sin duda, a la presencia de comunistas, socialistas y grupos anarquistas que actuaban en los sindicatos; era verdad que en adelantó en la utilización de un concepto —el de ideologías extrañas— que se incorporaría definitivamente a los discursos y políticas macaristas que se llevaron a cabo sucesivos gobiernos y dictaduras. Planteado como dígame de contenido del código, el peronismo nunca tuvo dudas acerca del papel que decía cumplir dentro de la clase trabajadora. "La doctrina se inculta. No va dirigida solamente al conocimiento sino que va dirigida al alma de los hombres, afirmaba su creador en *La conductión política* un texto que reproducido con inquietante similitud las ideas manifestadas por Mussolini pocas años antes.

Planteada como una doctrina absoluta la propuesta justicialista descartó que otras corrientes ideológicas pudieran disputar la dirección de los gremios y reprimió —cuando lo consideró conveniente— todo voz disidente con el discurso oficial. El peronismo fue concebido como la *nación misma* con el propósito de monopolizar la verdad, el bien, contra toda otra propuesta que, precisamente por ser opuesta a la doctrina nacional, fue considerada dentro del campo enemigo y combatida tenazmente.

Al ser convertida en ley (Nº 14.184) la doctrina peronista se transformó en "una cuestión nacional y no en una cuestión particular" (Perón, 2 de febrero de 1955). El artículo 3º de esa ley decía: "Defíñese como doctrina nacional adoptada por el pueblo argentino la doctrina peronista o justicialista, que tiene como finalidad suprema alcanzar la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación".

Si justicialismo y nacionalidad eran la misma cosa y si la doctrina en rigurosamente clara en cuanto a no admitir otras propuestas ideológicas, cabe preguntarse por qué se produjeron tantos intentos por empujar al peronismo hacia posturas de izquierda. La respuesta quizás haya buscado en la conformación popular del movimiento; que la mayoría de la clase obrera adhiriera al peronismo fue el imán que atrajo a numerosos grupos progresistas que intentaron tener un rumbo que desde su nacimiento fue irrevocable.

Es cierto que algunos de los dirigentes que intentaron esa cruzada surgieron de las propias filas del peronismo. Pero en todo caso esto confirma la regla: La verdad es que si se lograra establecer la cantidad de militantes comunistas, trotskistas o socialistas que abandonaron sus organizaciones para vencer el derichismo peronista *desde dentro*, habría una sorpresa mayúscula. Pero no lo lograron: las veinte veredas permanecieron inamovibles ante esos embates.

### Perón no lo hubiera hecho

Con el triunfo de Menem se ha puesto nuevamente en juego el tema de la identidad peronista. Otra vez aparecen los grupos rebeldes que proclaman que este gobierno no es peronista. En esta ocasión tienen a su favor que la muerte del líder les permite comprobar la veracidad de tal denuncia. Pero quizás la pena recordar los últimos antecedentes del gobierno justicialista para refrescar una memoria que o bien excesivamente frágil o en caso contrario interesada.

"Qué pasa... qué pasa General... ¿qué está lleno de goriles el gobierno popular?" decía la consigna coreada en 1974. Veintisiete años más tarde Julio Darío Alabert, uno de los ocho diputados afirman, como otra gota de agua, que el gobierno "está lleno de gente que nunca un peronista habría votado libremente".

Esas escasas memorias históricas también han olvidado que en marzo de 1974 —otra gota de agua con el actual conflicto en el Banco Hipotecario Nacional—, Perón aplicó la Ley de Prescindibilidad y dejó cesantías de 38 empleados del Banco de la Nación Argentina. Y que el 23 de ese mes declaró "ilegal y subversiva" la huelga que todo el personal lanzó en defensa de sus compañeros cesantes. Y que al día siguiente se arremetió a trescientos empleados de la casa central. No se puede decir "si viviera el general esto no ocurriría", porque el general vivió y ocurrieron cosas que —afortunadamente— no se han producido con el gobierno de Menem.

Cuando Luis Pedro Brunati dice que es

—absolutamente seguro de que, de vivir el General, el gobierno no habría pactado con el liberalismo, no habiese convocado a Alvaro Alsogaray (…), no habría llamado a María Julia Alsogaray”—, comete un error que él mismo —como lúcido intelectual— señaló en varias oportunidades a la sociedad argentina: la escasa memoria histórica.

Fue en tiempos en que vivía el general

"**V**oy a decretar la movilización de todo ese personal que se niega a concurrir a sus tareas. Decretada la movilización, el que no concurre tendrá que ser procesado e irá a los cuarteles, se incorporará bajo el régimen militar, de acuerdo con el Código de Justicia Militar". Era el 24 de enero de 1951 y Juan Domingo Perón pronunció estas palabras en referencia con la huelga ferroviaria que continuaba a pesar de la represión sufrida por los trabajadores. Ya habían sido violentamente reprimidas —incluyendo la deportación de seis obreros extranjeros a quienes se les aplicó la Ley de Residencia— las huelgas de trabajadores de la carne, telefónicos, gráficos, marítimos, metalúrgicos, azucareros y bancarios. En la mayoría de los casos fueron detenidos los delegados y militantes sindicales.



## El Perón olvidado

que Margaride, reconocido por sus inclinaciones represivas a la actividad sexual. Entre ambas y en estrecha vinculación con las grupos parapoliciales —con la explícita autorización del Presidente de la Nación—, estos hombres colaboraron para que fueran torturados y asesinados muchos jóvenes que también se decían peronistas y entre los cuales había delegados de fábricas, estudiantes, intelectuales y también querelleros.

El gobernador Obregón Cano y su vice Attilio López, elegidos libremente por el pueblo de Córdoba, fueron derribados por el uso coronel Antonio Navarro el 27 de febrero de 1974, cuando era Presidente el general. Fue éste uno de los episodios más patéticos de la historia argentina y contó con el respaldo de quien —en caso de vivir y de acuerdo con la versión del diputado— no hubiera pactado con Alsogaray.

Aunque hoy muchos amigos guardan silencio frente al tema debemos recordar que la Triple A no nació después del primer de julio de 1974. Nació antes.

### ¿Quién es el verdadero?

Cuando Raúl Zardini, delegado interventor en la Facultad de Ciencias Exactas en 1974, afirmaba que aspiraba a una comunidad organizada como la forjada en Italia por Benito Mussolini —estaba junto con Ivanisevich y Otalagano representando al verdadero peronismo? ¿O eran todos ellos, infiltrados fascistas que no conocían la esencia del justicialismo? Podía Cooke arrogarse más representatividad en las bases peronistas que Vandor, el dirigente que contribuyó a derrocar a Illia y pactó con los dictadores de turismo?

Es el diputado Chacho Alvarez más peronistas que Jorge Triaca, un dirigente que fue elegido por las bases obreras y que actúa en el movimiento desde hace varias décadas? ¿O que Lorenzo Miguel, un hombre que *debe* algunas explicaciones sobre lo que les ocurrió a muchos amigos comunes al campo progresista?

¿Cómo establecer la identidad de un partido que tolera en sus filas a Alejandro Biondini (afiliado 12051380, sección 6º), jefe del grupo antisistema Aleria Nacional?

¡O a Rousselot, ex subordinado de López Rega y dirigente de la Triple A hasta 1976?

Los diputados peronistas que hoy cuestionan a Menem por su política derechista deben comprender que reproducen —como una gota de agua— la confusión que siempre alertaron quienes suponían que el peronismo era progresista porque lo votaban los obreros. El peronismo nunca fue progresista y siempre se alineó detrás de los sectores más recalcitrantes de la derecha. El error es creer que la derecha es sólo Alsogaray; pero hoy otra derecha, la autoritaria y represiva del coronel Seinfeldín, quien actualmente está haciendo su campaña apoyado en las estructuras del mismo partido al que tratan de salvar los diputados rebeldes. En la revista *Somos* del 14 de febrero de este año pude verse la fotografía de Seinfeldín junto a Agustín Sará, veterano dirigente peronista secretario general de la CGT de Santa Fe y jefe del sindicato gráfico. ¡Cómo no desconfiar entonces del discurso que asegura que el verdadero peronismo es otro, cuando en realidad ese otro peronismo jamás tuvo la menor oportunidad de establecer una identidad que no fuera la que impuso Perón, un hombre que siempre desprecia todo lo que estaba a la izquierda!

Los hombres como los ocho diputados deberán, en algún momento, repensar su identidad y vincularla con sus propuestas. Si éstas son reformistas, y aspiran a cambiar el país y revindicar a los humildes sin demagogías ni oportunismos, tendrán que ver como lo hacen y desde dónde. Nadie duda de su voluntad transformadora y de la sensibilidad frente a la injusticia, la cuestión es de qué manera se acaba con esta vieja historia de quién es el verdadero peronismo, no quién representa a la sermoneada justicialista y quién es un infiltrado. El daño que han causado los progresistas al tratar de cambiar la ideología derechista del peronismo ha sido immenso, porque perpetuaron una confusión que afecta a una buena parte de la sociedad. Hasta el peronismo oficial, el que moraliza a las masas, el que gana las elecciones, el que controla el partido y los sindicatos, en fin, el peronismo de Triaca, Cavalieri, Russo, Miguel, Saadi, Menem, y tantos otros dirigentes históricos, el peronismo real, es de derecha. Siempre lo ha sido y el único momento en que el progresismo tuvo una posibilidad fue durante los efímeros días de 1973 que Perón se apresuró a sepultar.

El campo progresista —en el que están incluidos sin ninguna duda los ocho diputados, un par de gobernadores y otros honestos militantes— deberá establecer claramente las diferencias que lo separan del peronismo, tendría que atreverse de una vez por todas a dejar de revindicar desaforadamente a un caudillo cuya historia no ha sido precisamente transparente. Las desfiguraciones no ayudan a los humildes y ya es hora de que alguien se ocupe de ellos sin alimentar simbólicos mitologizadores que pueden facilitar la apropiación con los pobres por los súgios apasionados en la ignorancia.

Notas

<sup>1</sup> Página 12, 2-1-90.

<sup>2</sup> Discurso del 2 de septiembre de 1946, al inaugurar el local de la Escuela número 9.

<sup>3</sup> Página 12, 4-2-90.

<sup>4</sup> Idem.

<sup>5</sup> Idem.

## La Ciudad Futura

### Suplemento / 7

# Norberto Bobbio

## Liberalismo, socialismo, democracia

Bobbio es en la actualidad uno de los grandes maestros de la filosofía política y un incansable defensor de los derechos civiles y políticos. Desde una profundo e inmovible fe liberal, sostiene desde hace ya casi medio siglo la necesidad de encontrar una síntesis entre liberalismo, socialismo y democracia como elementos sustanciales e

insustituibles de la construcción de una izquierda a la altura de las demandas del presente. El suplemento LCF incluye una gama de materiales que versan precisamente sobre los temas de la filosofía política en sus aspectos teóricos, aunque también en su relación con los problemas suscitados por el debate que promete a comunistas y socialistas italianos.

## Norberto Bobbio, nuevo maestro del Partido Comunista Italiano

Miguel Angel García

**M**i date troppa ragione" [me dan ustedes demasiada la razón], dice el viejo Bobbio a los comunistas italianos. La situación es paródica. Es el liberal progresista, crítico irreductible de la política y de los políticos, protagonista de una prolongada polémica con el Partido Comunista, tan individualista que se definía como "intelectual inorgánico", se ha transformado en guru del nuevo curso de Octubre, muy a pesar suyo. Un año atrás pasó del rol de contrincante respetado al de maestro reconocido. En una compañía tan heterogénea como la de Darhindorf, Tronti, Habermas y Luhmann sus citas ploraron los textos y los discursos de los intelectuales del "nuevo curso", ocupando el lugar que fue de Marx y de Gramsci. En los últimos meses su fortuna fue arrasadora: una entrevista de tres páginas en *Unità* (la que presentamos a continuación a los lectores) en julio; una entera página, en octubre, para celebrar su 80º cumpleaños; el libro *Socialismo Liberal* distribuido con *L'Unità* en noviembre (un tiraje editorial que tiene como único precedente las *Cartas de Gramsci*). Y paralelamente a un caudillo cuya historia no ha sido precisamente transparente. Las desfiguraciones no ayudan a los humildes y ya es hora de que alguien se ocupe de ellos sin alimentar simbólicos mitologizadores que pueden facilitar la apropiación con los pobres por los súgios apasionados en la ignorancia.

El experiencia militante modeló profundamente la personalidad intelectual de Bobbio. El liberalismo social, ético y humano de Justicia y Libertad y de su brother político, el Partido d'Azione, quedó como una constante de su vida y de su obra. No es por cierto el suyo un caso aislado en Italia; el distinto partido produjo una diáspora intelectual que aún corre deabajo de la política y de la cultura del país, manifestándose en los más diversos campos. El suyo que Bobbio compartió con esa generación liberal fue de utilizar la poderosa palanca del movimiento obrero y del Partido Comunista para realizar una reforma profunda del estado italiano. Aunque leida en clave liberal-democrática —y en el caso de Bobbio, con una buena dosis de pesimismo jurídico— era esa misma reforma moral que, desde el lado comunista, preconizaba Gramsci.

En 1954 Bobbio publicó *Democracia y dictadura*, un ensayo en el que criticaba la visión marxista-leninista de la democracia, y en particular se desdén por los aspectos formales (de procedimientos) de la misma. Más que la originalidad del enfoque impreisionaba en Bobbio la ecuanimidad, el respeto a la complejidad de las cosas.

Durante los veinte años sucesivos Bobbio publicó regularmente ensayos de filosofía del derecho (el más conocido de los cuales es *Da Hobbes a Marx*, de 1965), se interesó en la infartada experiencia de unidad entre el Partido Socialista y el Partido Social Demócratico, el PSU, y recibió con franca hostilidad el movimiento del 68. Recién en 1975, veinte años después de su primera polémica con el PCI, protagonizó una nueva experiencia del mismo tipo, iniciada con dos ensayos publicados en *Mondoperaio*, órgano del PSI.

Esta vez su predicción caía en terreno fértil. El PCI de Berlinguer renunciaba al leninismo, reivindicaba a la democracia como eje central de su propuesta ideal, rompía con el socialismo realizado y recibía, en 1976, resultados electorales sin precedentes. EIPSI, debilitado por el prolongado período de alianza con la Democracia Cristiana (el "centro-sinistra") revisaba su programa, introduciendo fuertes elementos liberal-socialistas. Los años 70 se cerraron sin embargo con una desilusión. La autorreforma comunista se empanó en el "compromiso storico", bajo el fogueo de los conspiradores del terrorismo de estado y de los imbeciles protagonistas del terrorismo de izquierda; la inspiración libertaria de la autorreforma del Partido Socialista terminó vaciada en el císmico autoritarismo del grupo de Craxi. Empezaban los greses y desesperanzados años 80: de la prosperidad económica y la regresión política y moral. Bobbio, como otro gran viejo de la república, el ex-presidente Pertini, fue consagrado como monumento a la memoria, o lo que es lo mismo, "senador vitalicio" (es una institución italiana similar a la del lord inglés, aunque otorgada exclusivamente por méritos).

Los homenajes no cerraron precisamente su boca; en ese período publicó una decena de ensayos, entre los cuales *El futuro de la democracia* (1984), *Estado, Gobierno y sociedad: para una teoría general de la política* (1985) y *Thomas Hobbes* (1989). En su etapa madura el teorizador de la democracia procedural revalorizó (en el cuadro

de un más marcado pesimismo hobbesiano) la temática de la democracia sustancial, entendida como límite de la democracia, como debilidad que puede determinar su muerte por mano del gran capital. Esta preocupación puede parecer novedosa sólo a quien no considera el pensamiento de Bobbio en el contexto en el cual lo mismo lo puso: un pie a cada lado de esa frontera entre liberalismo y socialismo, que en más de una ocasión fue teatro de batallas feroces, y en otras arrasada y abandonada tierra de nadie. En esta posición (y no en una particular novedad leórica) se encuentra la originalidad del Bobbio pensador; es un hombre de frontera, un hombre de diálogo y de conflicto entre liberalismo y socialismo, que no ha rehuído ni ha conseguido superar siempre las contradicciones y las oscilaciones a las que voluntariamente se sometía.

### El poder monárquico

Bobbio, en su crítica al leninismo, se diferencia netamente del nuevo anticomunismo. Sabe como Marx (y como Hobbes), y no lo oculta, que el poder nace de un acto de fuerza, considera por lo tanto legítima la "dictadura del proletariado". Su crítica al "socialismo realizado" se centra sobre la perpetuación abusiva y mentirosa de aquella dictadura, transformada en régimen. "El pecado original, digamos así, el vicio de fondo de los regímenes comunistas —dice en la entrevista que aquí presentamos— es la idea de conservarse al poder un carácter monárquico aún después de la revolución".

El ex-dirigente del Comité de Liberación Nacional italiano no reneja de la violencia revolucionaria; condena la omisión de lo que debería haber sido el segundo paso de la revolución: el establecimiento de una legalidad constitucional democrática, al nivel de las libertades (como mínimo) alcanzado en ese momento histórico por la cultura humana.

Bobbio no subvalora las razones de esta omisión. Sabe que Rusia era un país aislado, en el que las libertades, para las grandes masas de explotados y miserables, podían quedar como meras libertades formales. No propone una propia receta, pero tampoco acepta la retórica del "hombre nuevo", futuro sujeto de las libertades sustanciales que al hombre de hoy en su nombre son negadas. Bobbio sabe que las relaciones jurídicas, y toda la superestructura estatal y cultural que posibilita la omisión, son una falsa solución. No sólo porque no lleva por sí misma más libertad —un régimen, una vez establecido, tiende a perpetuarse— sino también porque su existencia presente impide la extensión universal de la democracia, y por lo tanto bloquea el acceso a un orden mundial basado en la libertad y en la justicia.

### La democracia cosmopolitica

En este terreno Bobbio descubre una nueva

potencias no europeas, Estados Unidos y Japón. Vale en cambio su observación: "la democracia puramente formal no está en condiciones de transformar los no hombres en hombres" (y por lo tanto en sujetos efectivos de las libertades).

Parecería que Bobbio, con esta observación, contradice toda su propia obra, su defensa tenaz de las "libertades formales" como atributos del hombre moderno, o que reserva este privilegio al hombre europeo. De nuevo, hay que remitirse a la particular colocación, y método, de este autor. Bobbio define una frontera, un límite, y deja a la acción política el moverse en ella, reservándose el derecho de crítica. No es su culpa si la frontera entre las libertades y la necesidad material parece tan inviolable, tan crizada de dificultades. Puede ser que la contradicción sea ingenua: que propone (que posaría si todos los ciudadanos del mundo occidental pudieran votar por el presidente de Estados Unidos) presenta adequaremiente la cuestión. Sería interesante también imaginar cuál debería ser en este caso el programa de un candidato norteamericano, si quiere ganar los votos de los latinoamericanos, de los africanos y de los asiáticos.

Lo cierto es que la dictadura monárquica (de derecha o de izquierda) es una falsa solución. No sólo porque no lleva por sí misma más libertad —un régimen, una vez establecido, tiende a perpetuarse— sino también porque su existencia presente impide la extensión universal de la democracia, y por lo tanto bloquea el acceso a un orden mundial basado en la libertad y en la justicia.

### La democracia cosmopolitica

Bolina, 24 de noviembre de 1989



frontera: entre la democracia internacional entendida como sistema de reglas y procedimientos de las relaciones entre estados, y la democracia internacional entendida como conjunto de libertades de la humanidad entera, de las personas de carne y hueso, más allá de las soberanías estatales. Cita como inicio del primer tipo de democracia internacional la Declaración Universal de 1948 y el Sistema de las Naciones Unidas (que contiene ya limitaciones, aunque meramente formales, a la soberanía de los estados, en defensa de las libertades de las personas); y cita como principio teórico del segundo tipo de democracia internacional el "derecho cosmopolita" al que se refiere Kant en su *Perpetua*.

El "ingenuo" problema que propone (que posaría si todos los ciudadanos del mundo occidental pudieran votar por el presidente de Estados Unidos) presenta adequaremiente la cuestión. Sería interesante también imaginar cuál debería ser en este caso el programa de un candidato norteamericano, si quiere ganar los votos de los latinoamericanos, de los africanos y de los asiáticos.

Bobbio, en resumen, es un fabricante de problemas, un sembrador de dudas, un maestro que abre picaduras en el monte de las ideas. Se le pueden pedir preguntas y objeciones, y no respuestas o certezas. Se puede entender en este contexto la afirmación suya con la que hemos abierto este comentario: los autores políticos deben conocerlo y apreciarlo, pero no darle demasiado la razón; el tencular no es la tarea que se ha propuesto.

**Profesor Bobbio, esta entrevista no puede dejar de comenzar por sus dudas y sus interrogantes, los que ha manifestado por ejemplo en el artículo de después de la represión china. ¿Qué cosa sustituirá el "de rumbado modelo comunista"? ¿Qué será la izquierda en el futuro?**

El problema de la izquierda es el de la cuestión social, transportado de los estados aislados a todo el mundo, a la gran aldea global. Se trata de encontrar la alternativa a la que para el viejo socialismo es la clase social portadora de un impulso universal por la emancipación. Claro que una cosa es decir "proletarios de todo el mundo, dinense", y otra es decir "desamparados de todo el mundo..." Mis dudas no se refieren a la determinación de los objetivos de justicia, sino a la posibilidad de dar voz a los que representan la parte condenada del mundo. Consideremos también países que podemos definir democráticos, como Brasil, México, Argentina, donde se celebran regulares elecciones, y donde hay instituciones representativas. Y bien, allí tenemos que damos cuenta que la democracia puramente formal no está en condiciones de transformar los "no hombres" en "hombres"; allí se muere de hambre y de enfermedades; los derechos son sólo formales. El problema para la izquierda tiene tales dimensiones que me pregunto cuál puede ser la solución política, cómo es posible organizar la fuerza necesaria para poder cambiar las cosas en profundidad. La fuerza de la religión en los países que viven este drama nace precisamente de aquí, del hecho de que la religión católica en algunas áreas, y la islámica en otras, es la única razón de vida aún siendo una fuerza únicamente moral. Los curas y los obispos de la teología de liberación tienen en el Tercer Mundo una importancia enorme, porque la política que deberán en algún modo satisfacer las mismas exigencias es demasiado débil. Y el hecho de que en estos países se manifiesten acciones de guerra y violencia endémica demuestra la insuficiencia, de un lado, de las dictaduras, pero del otro también de las democracias puramente formales.

**Democracia formal y socialismo. Dice por ejemplo Peter Glotz: hay en la Europa centro-oriental buenas posibilidades para la socialdemocracia, seis estados que se pueden transformar en economías mixtas en los próximos 25 años, que tienen dirigentes e intelectuales de cultura socialista democrática.**

Si, estoy de acuerdo con esa definición, pero precisamente porque estoy de acuerdo, no soy muy optimista. Nadie hasta ahora ha encontrado el modo de poner de acuerdo los derechos de la libertad con las exigencias de la justicia social. En la respuesta que he preparado a Anderson, y que será publicada, me encontré comentando mi frase, a propósito del liberal socialismo dice: "It is too soon". Si, exactamente así, "es demasiado pronto" para dar un nuevo juicio definitivo. Y bien: esto significa que no tenemos todavía ideas muy claras sobre el camino a recorrer.

**Dígame desde dónde, según su opinión, tiene que empezar una explicación.**

El pecado original, digamos así, el vicio de fondo de los regímenes comunistas, es la idea de conservar al poder un carácter monárquico aún después de la revolución.

**Claro que sólo por la parte negativa, pero se puede decir que el fracaso del socialismo sin libertad ha verificado una tesis suya.**

De acuerdo, pero si el fracaso del socialismo sin libertad ha confirmado el artículo de después de la represión china. ¿Qué cosa sustituirá el "de rumbado modelo comunista"? ¿Qué será la izquierda en el futuro?

El problema de la izquierda es el de la cuestión social, transportado de los estados aislados a todo el mundo, a la gran aldea global. Se trata de encontrar la alternativa a la que para el viejo socialismo es la clase social portadora de un impulso universal por la emancipación. Claro que una cosa es decir "proletarios de todo el mundo, dinense", y otra es decir "desamparados de todo el mundo..." Mis dudas no se refieren a la determinación de los objetivos de justicia, sino a la posibilidad de dar voz a los que representan la parte condenada del mundo. Consideremos también países que podemos definir democráticos, como Brasil, México, Argentina, donde se celebran regulares elecciones, y donde hay instituciones representativas. Y bien, allí tenemos que damos cuenta que la democracia puramente formal no está en condiciones de transformar los "no hombres" en "hombres"; allí se muere de hambre y de enfermedades; los derechos son sólo formales. El problema para la izquierda tiene tales dimensiones que me pregunto cuál puede ser la solución política, cómo es posible organizar la fuerza necesaria para poder cambiar las cosas en profundidad. La fuerza de la religión en los países que viven este drama nace precisamente de aquí, del hecho de que la religión católica en algunas áreas, y la islámica en otras, es la única razón de vida aún siendo una fuerza únicamente moral. Los curas y los obispos de la teología de liberación tienen en el Tercer Mundo una importancia enorme, porque la política que deberán en algún modo satisfacer las mismas exigencias es demasiado débil. Y el hecho de que en estos países se manifiesten acciones de guerra y violencia endémica demuestra la insuficiencia, de un lado, de las dictaduras, pero del otro también de las democracias puramente formales.

**La crisis del Este tiene únicamente caracteres negativos. Dice por ejemplo Peter Glotz: hay en la Europa centro-oriental buenas posibilidades para la socialdemocracia, seis estados que se pueden transformar en economías mixtas en los próximos 25 años, que tienen dirigentes e intelectuales de cultura socialista democrática.**

La socialdemocracia ha sido un adversario de los estados socialistas. Claro que no todo el movimiento socialdemócrata ha sido anticomunista, pero yo veo que nadie ha necesitado de razones sobre la que considera fundamentalmente una derrota. Quiero indicar entonces esta necesidad como una tarea que nos toca hoy, sea a los socialdemócratas, que a los socialistas, que a los comunistas, comprender a fondo las raíces de esta derrota.

**Dígame desde dónde, según su opinión, tiene que empezar una explicación.**

El pecado original, digamos así, el vicio de fondo de los regímenes comunistas, es la idea de conservar al poder un carácter monárquico aún después de la revolución.

**Vuelvo a encontrarme ahora repitiendo algo que no decía desde hace 30 años: es necesario distinguir el momento de la conquista y el momento del ejercicio del poder. En períodos de crisis, de grandes crisis, es necesario la unidad y la cohesión, aquello que ha llamado poder monárquico. Pero después de la conquista del poder este debe ser ejercido de modo democrático. Es lo que sucede, por ejemplo, en la Resistencia italiana: hubo unidad de comando político a pesar de que entre los cinco partidos hubiera desacuerdos pero una vez que se alcanzó el objetivo, hubo acuerdo entre los partidos distintos para instituir en lo sucesivo un gobierno democrático. En resumen, para la conquista del poder había sido necesario un pacto de no agresión entre los aliados, que tenían que ser unidos para combatir el enemigo. A este pacto debía después seguir un segundo pacto, que tenía que establecer las reglas que debían permitir a cada uno desarrollar la propia política sin necesidad de recurrir a la fuerza. Primero unidad en la lucha, después unidad en el diseño de una Constitución democrática. Y Constitución democrática quiere decir sustancialmente establecer reglas para la solución de los conflictos que necesariamente nacen dentro de cualquier sociedad, sin necesidad de recurrir a la fuerza recíproca. Esta para mí es la definición de la democracia, que yo llamo procedural. Los valores a poner en acción después dependen de las fuerzas que, en el ámbito de la dialéctica democrática, devienen hegemónicas. En Rusia, en cambio, una vez hecha la revolución, llegó el momento del puño firme; los otros partidos fueron suprimidos. Y a partir de aquí modeló el pecado de originar se repitió en todos los otros países en los que un partido comunista tomó el poder.**

**Es esta estructura monárquica la que ahora está siendo puesta en discusión en los países del Este de Europa. En Moscú, en Polonia, en Hungría, asistimos al comienzo de una transición. Y parece posible escribir por ejemplo Duverger: un pasaje, en este mismo 1989, que podría ser menos violento que aquel otro '89'.**

Es cierto que esto está sucediendo. El estadio más avanzado es el de Polonia. Lo que demuestra exactamente la crisis del modelo monárquico. En efecto, como he sostenido en mi artículo sobre China, los jóvenes en la Tiananmen, con la estatua de la libertad defendían las mismas cosas que los revolucionarios del XIX: la libertad de palabra, de opinión, de reunión, y lo que yo considero más difícil de obtener, la libertad de asociación, que por ahora ha sido conquistada sólo en Polonia.

**En Polonia, en Hungría y en la Urss se está produciendo una evolución que permite alguna esperanza.**

Puede ser, no lo niego. Pero si las perspectivas son de retornar a la socialdemocracia, si el gran progreso, después de cuarenta o cincuenta años, de medio siglo de misiones experimentas y esperanzas— y yo he vivido de cerca el entusiasmo con el cual los comunistas han luchado, sufrido, vivido que fueron sacrificados— es que se veía venir hacia la socialdemocracia, quiere decir

que no se ha dado un gran paso adelante. **¿No podemos decir que la historia de la cultura democrática no el liberalismo conservador, sino la tradición de la democracia, hecha también de conquistas sociales es la historia de la contaminación de la mejor tradición liberal con las instancias del movimiento obrero, que es el producto de una evolución histórica, de un progreso?**

Estoy de acuerdo, he sido siempre democrático. Sin embargo, usted no habla con entusiasmo de la socialdemocracia, prefería hablar al mismo tiempo de socialismo y de liberalismo. Mi inspiración es socialista, y he participado en los primeros movimientos antifascistas a través del liberal-socialismo de Guido Calogerò. **Había entonces quien hablaba también de "comunismo liberal".** También cierto. Y había además un comunismo católico. Esto demuestra la fascinación enorme del comunismo en esa época. Una fascinación que ahora existe más. A pesar de no haber sido nunca comunista, yo no tengo esa forma de anticomunismo fuero que tienen aquellos que eran comunistas y que después se han convertido, o de esas jóvenes generaciones que ven solo los aspectos negativos del comunismo.

**Anderson ha escrito que el PCI ha sido un punto de referencia para sus reflexiones. Usted ha tenido con el PCI algunas discusiones de gran importancia, en 1954 directamente con Togliatti y con Della Volpe, cuando usted alertó a los comunistas acerca de un "progresismo demasiado ardiente" que arrasaba caer en la dictadura. Ahora el PCI se ha separado de aquella fase, habla de fin de la "doppietta". Usted conoce los juicios sobre el tema de Occhetto, o, siempre acerca del juicio del PCI de hoy sobre la época de Togliatti, un libro como La Notula di Minerva de Biagio Di Giovanni. Se ha escrito que "Las anticipaciones de Bobbio fueron vengadas".**

Sobre esto que se justifica una nota de satisfacción personal. En realidad ninguno de los comunistas de hoy, sobre aquellos temas fundamentales de los derechos de la libertad, sostendrá la tesis que fueron sostenidas en los años cincuenta (aunque debió decir que la polémica de Togliatti no fue encendida, y que ya en 1957 Della Volpe corrigió su juicio de 1954 reconociéndole algunas razones). Me parece que puedo decir, sin que parezca presumido, que los comunistas italianos cambiaron más que lo que cambió yo. La discusión trataba sustancialmente de los derechos fundamentales del individuo, que valen frente al estado y frente a cualquier otro estado. Mi polémica nació del hecho de que, desde Marx en adelante, estos hechos eran considerados como reivindicaciones burguesas. Y respondía que esa no eran reivindicaciones burguesas, sino del hombre en cuanto tal, porque el hecho de poder reunirse libremente, el hecho de poder asociarse libremente, es algo que interesa tanto a los proletarios, tanto a lo que han utilizado en estos décadas para crear un gran movimiento socialista, nació



## Carta abierta a Norberto Bobbio

Luciano Pellicani

Querido Bobbio: En ocasión de tu octagésimo cumpleaños —por el cual te renuevo las felicitaciones que el autor de la redacción de *Mond Oraio* apareció en *L'Espresso* una larga entrevista, en la que formulas la tesis según la cual “el PSI ha roto los puentes con las grandes tradiciones socialistas”. Si esta perturbadora sentencia hubiese sido pronunciada por un dirigente del PCI o por algunos de los tantos nostálgicos de lo que se autodefinía “izquierda de clase”, no merecería ni siquiera un breve y sarcástico comentario. Pero ella proviene de quien, más nadie, contribuyó a rediseñar la nueva identidad cultural del PSI. Lo que no puede dejar cuan meno perplejo, sobre todo si viene presente que, en el plano de la batalla por la renovación de la cultura política de la izquierda italiana, Alberto Asor Rosa cuestionó tu derecho a hablar en nombre del socialismo en cuanta tú eras un típico representante de la cultura liberal. No se puede decir que Asor Rosa estuviese del todo equivocado. Una vez que se asume que la tradición socialista se identifica *tout court* con el marxismo, la defensa del pluralismo, del estado de derecho y de las libertades liberales —todas ellas rubricadas por Marx bajo el signo de la alienación— no puede dejar de ser considerada un verdadero atentado a la plenaria concepción del proyecto original y una peligrosa amenaza a la cultura burguesa.

Según tal tradición, el socialismo no tiene nada que ver con el liberalismo. Es más: socialismo significa ruptura radical con el cuadro institucional de la civilización liberal y creación de un orden “totalmente distinto”. A partir de estas premisas, es inevitable el juicio radicalmente negativo que las versiones más tributarias del marxismo han promulgado siempre sobre todos los intentos por fabricar una cultura socialista liberal y la cultura socialista. Entre estas tesis, la tónica cubica y marilliana acción pedagógica que tanto influyó sobre los socialdemócratas europeos, respeto del PSI —un observador imparcial está obligado a reconocer que en él no hay nadie distinto respiro de los temas sobre los que estamos trabajando y nosotros, socialistas, entonces nosotros efectivamente, ya no podemos ser considerados socialistas. Pero hubiésemos considerado cualquier cosa menos que el mayor responsable de nuestra “traição” nos reproche haber perdido el rumbo adecuado.

La contradicción de tu nueva posición es tan evidente que no te afecta tanto como el hecho de que el nuevo PSI ha puesto en el desván a Marx como por el hecho de que en él no existe rastro alguno de lo que en el pasado había constituido su identidad político-cultural. Pero también en este caso mis perplejidades no disminuyen. Mientras que tú —maestro de la precisión y de la distinción— no precisas y no distingues. En la historia de nuestro partido ha habido, es verdad, un poco de todo. El reformismo como el mussolinismo; el liberalsocialismo como el maximalismo; la socialdemocracia como el estalinismo. A través de un doloroso proceso de revisión, cuyas etapas principales fueron 1956 y 1976, estamos logrando poner un poco de orden en nuestra cultura. Y lo hemos hecho rompiendo, es verdad,

con tantas cosas que formaban parte de la tradición socialista, pero no con toda la tradición socialista, como tú afirmas con una perennidad que nunca ha formado parte de tu estilo intelectual. Hemos retornado a la inspiración originaria, que fue la de Filippo Turati, quien concibió el socialismo, a pesar de decirse marxista, como la universalización de los valores liberales. Y ya que la misma idea base se encuentra en Proudhon, en Merlin, en Bernstein, en Roselli, en Rizzi, hemos llegado a una revitalización de su fundamento ético-político, a pesar del hecho de que en el pasado no fueron nunca fuentes inspiradoras de la acción de nuestro partido. Esto es lo que hicimos y no otras cosas. Debería ser suficiente la lectura de *Mond Oraio* para convencerte de esto.

En este punto podrías objetarme que el reclamo litúrgico al reformismo de Turati y Nenni —el título— Nenni obviamente —no modifica la sustancia de la política que el PSI está llevando a cabo. Pero también ante esta objeción más perplejidades no disminuyen. Y esto por una razón muy simple: tú no haces el más mínimo esfuerzo por precisar las cosas más concretamente. Tú puedes distinguir entre la izquierda de la Internazionale Socialista que está en el gobierno. Digo que el gabinete moro que están en la oposición se pueden tocar más o menos de todo género, desde los más radicales hasta los más demagógicos. Pero cuando se es llamado a conducir la máquina de la ciudadanía postindustrial, los vínculos, las compatibilidades, las resistencias y los contrapoderes son tantos que difícilmente se pueda hacer mucho más que lo que el PSI trata de hacer. Es suficiente lanzar una mirada a lo que sucede en España, en Francia o en Suecia para darse cuenta de esto. Pero también si tomamos en consideración el programa del Partido Socialdemócrata Aleman —un partido que, según una imagen muy difundida, se coloca casi en las antípodas de la tradición socialista. La razón de esto debe ser buscada en el nuevo contexto en el cual estamos obligados a operar. Y no se trata de un contexto específicamente italiano, como tú puedes pensar, sino europeo. Todos los partidos de la tradición socialista, entonces nosotros efectivamente, ya no podemos ser considerados socialistas. Pero hubiésemos considerado cualquier cosa menos que el mayor responsable de nuestra “traição” nos reproche haber perdido el rumbo adecuado.

La contradicción de tu nueva posición es tan evidente que no te afecta tanto como el hecho de que el nuevo PSI ha puesto en el desván a Marx como por el hecho de que en él no existe rastro alguno de lo que en el pasado había constituido su identidad político-cultural. Pero también en este caso mis perplejidades no disminuyen. Mientras que tú —maestro de la precisión y de la distinción— no precisas y no distingues. En la historia de nuestro partido ha habido, es verdad, un poco de todo. El reformismo como el mussolinismo; el liberalsocialismo como el maximalismo; la socialdemocracia como el estalinismo. A través de un doloroso proceso de revisión, cuyas etapas principales fueron 1956 y 1976, estamos logrando poner un poco de orden en nuestra cultura. Y lo hemos hecho rompiendo, es verdad,

con tantas cosas que formaban parte de la tradición socialista, pero no con toda la tradición socialista, como tú afirmas con una perennidad que nunca ha formado parte de tu estilo intelectual. Hemos retornado a la inspiración originaria, que fue la de Filippo Turati, quien concibió el socialismo, a pesar de decirse marxista, como la universalización de los valores liberales. Y ya que la misma idea base se encuentra en Proudhon, en Merlin, en Bernstein, en Roselli, en Rizzi, hemos llegado a una revitalización de su fundamento ético-político, a pesar del hecho de que en el pasado no fueron nunca fuentes inspiradoras de la acción de nuestro partido. Esto es lo que hicimos y no otras cosas. Debería ser suficiente la lectura de *Mond Oraio* para convencerte de esto.

En este punto podrías objetarme que el reclamo litúrgico al reformismo de Turati y Nenni —el título— Nenni obviamente —no modifica la sustancia de la política que el PSI está llevando a cabo. Pero también ante esta objeción más perplejidades no disminuyen. Y esto por una razón muy simple: tú no haces el más mínimo esfuerzo por precisar las cosas más concretamente. Tú puedes distinguir entre la izquierda de la Internazionale Socialista que está en el gobierno. Digo que el gabinete moro que están en la oposición se pueden tocar más o menos de todo género, desde los más radicales hasta los más demagógicos. Pero cuando se es llamado a conducir la máquina de la ciudadanía postindustrial, los vínculos, las compatibilidades, las resistencias y los contrapoderes son tantos que difícilmente se pueda hacer mucho más que lo que el PSI trata de hacer. Es suficiente lanzar una mirada a lo que sucede en España, en Francia o en Suecia para darse cuenta de esto. Pero también si tomamos en consideración el programa del Partido Socialdemócrata Aleman —un partido que, según una imagen muy difundida, se coloca casi en las antípodas de la tradición socialista. La razón de esto debe ser buscada en el nuevo contexto en el cual estamos obligados a operar. Y no se trata de un contexto específicamente italiano, como tú puedes pensar, sino europeo. Todos los partidos de la tradición socialista, entonces nosotros efectivamente, ya no podemos ser considerados socialistas. Pero hubiésemos considerado cualquier cosa menos que el mayor responsable de nuestra “traição” nos reproche haber perdido el rumbo adecuado.

La contradicción de tu nueva posición es tan evidente que no te afecta tanto como el hecho de que el nuevo PSI ha puesto en el desván a Marx como por el hecho de que en él no existe rastro alguno de lo que en el pasado había constituido su identidad político-cultural. Pero también en este caso mis perplejidades no disminuyen. Mientras que tú —maestro de la precisión y de la distinción— no precisas y no distingues. En la historia de nuestro partido ha habido, es verdad, un poco de todo. El reformismo como el mussolinismo; el liberalsocialismo como el maximalismo; la socialdemocracia como el estalinismo. A través de un doloroso proceso de revisión, cuyas etapas principales fueron 1956 y 1976, estamos logrando poner un poco de orden en nuestra cultura. Y lo hemos hecho rompiendo, es verdad,

que

## Mis críticas al PSI

Norberto Bobbio

Querido Pellicani: Te agradezco tu carta, pues me permite aclarar, mejor de lo que ha sucedido hasta ahora, las razones de nuestro disenso. Antes que nada te digo que la frase cuestionada, que ha dado lugar a una primera observación, "el PSI ha roto todos los puentes con la gran tradición socialista", en el texto auténtico, que es el publicado en *Die Neue Gesellschaft* (nº 10, octubre de 1989, p. 886), no existe. Después de la entrevista, que se desarrolló a fines de julio, solicité la traducción para poderla revisar. Entre las distintas correcciones, corrí también aquella frase, que atenué así: "Se está alejando cada vez más de la tradición socialista". Como pudo ocurrir que *L'Espresso* publicara, por otro lado sin mi conocimiento, el texto no correcto, es algo que para mí resulta un misterio. Mi intención de no aumentar el conflicto está probada también por el hecho de que inmediatamente después digo: "Aquí no quiero por el momento polemizar inútilmente" y repito una opinión expresa muchas veces: "El PSI se encuentra naturalmente en una posición difícil en el interior del sistema político italiano, porque la presencia de un fuerte partido comunista lo ha empujado ciertamente hacia el centro". Lo que me parecía innegable.

Pero no quiero aparecer como alegando pretextos. El disenso que, como bien sabes, no manifestado por vez primera en esta entrevista queda en pie.

Comenzaré precisamente por el tema de la "modernización", en el cual tú mismo te has detenido. En el artículo publicado en *Mondoperaio* de este año (nº 5, p. 5) escribí que la modernización es un lindo programa para tecnócratas, y concluía: "Un gobierno de socialistas hace las injusticias. Se ocupa también de hacer que el estado de los servicios sea más eficiente. Pero no porque es más moderno, sino porque es más justo". Puedes dar todas las más benevolentes interpretaciones de la palabra "modernización", pero a la "tradición" socialista pertenece sobre todo el ideal de la justicia social. Cuando he hablado del gradual alejamiento del PSI de la tradición socialista, no me refería enteramente, como tu parecerás, al abandono del marxismo, porque el socialismo liberal, con el cual me relaciono y se vincula oficialmente también el partido, forma parte ahora, al menos para nosotros, de esta tradición. Me refiero principalmente a la inserción en esta tradición de un cuerpo extraño como el de la modernización.

No te oculto además que me ha dado mucho fastidio en estos últimos tiempos un imprevisto, y para mí incomprendible, interés de algunos sectores del partido por el mundo católico, que es una cosa bien distinta a recuperar la eterna vitalidad de la ética cristiana. Hasta el punto de promover, como has sucedido en Turín, un sondeo, que sería mejor llamar investigación de mercado, sobre cuantos inscripciones van a misa, hacen la comunión, etc., como si la práctica religiosa tuviese algo que ver con las elecciones políticas de un ciudadano. Políticamente, los católicos no existen. Sólo faltaría que ademas de los demócratas y los católicos



unistas, existieran en nuestro país los católicosocialistas. Forma parte de la tradición socialista un firme y coherente laicismo. ¿Cómo es que el partido no ha intervenido nunca y continúa sin intervenir para hacer que te rmine la incorrecta interpretación del Concordato que discrimina a los alumnos que no concurren a la hora de religión?

Pero tú dices: es necesario tener en cuenta los límites objetivos que pone el pleno desarrollo de un programa socialista la acción de gobierno, en especial de un gobierno de coalición como el italiano. De acuerdo. Pero nada excluye que junto a la acción de gobierno con sus inevitables compromisos el partido continúe elaborando ideas y estímulos reformas de largo plazo. Admito que concentrar todo el esfuerzo reformista en la cuestión de la droga es un poco limitado. Soy el primero en aplaudir la propuesta de Mariani sobre el salario mínimo garantizado. Me alegra que se continúe hablando y que el tema sea profundizado. ¡Pero adónde! Ha ido a parar la Asociación Proyecto Socialista, que habría sido el ámbito adecuado para discutirla? ¡Por qué ha sido suprimida? No es sólo una opinión mía, créeme, que en el partido se goberna siempre de más y se discute siempre de menos. No es sólo una opinión mía, créeme, que en el partido se goberna siempre de más y se discute siempre de menos.

No podíais faltar entre los reproches relativos a mi actitud hacia los comunistas, una actitud que tú consideras no sé si demasiado

benévola o demasiado ingenua. No habiendo sido nunca comunista y habiendo dirigido siempre mis dardos contra el mismo blanco de la doctrina y de la práctica comunista, jamás tuve empacho alguno en reconocer su contribución a la lucha antifascista, su activa participación en el reforzamiento de la democracia en Italia, y ahora la sinceridad de su conversión que los empuja inevitablemente hacia el socialismo democrático. Lo que no quiere decir que yo esté totalmente seguro que han encontrado el camino. En la famosa entrevista, a la pregunta de por qué no estaba satisfecho, por el cambio del PCI, respondía: "Si existe una contradicción histórica entre los derechos de base liberal y la perspectiva socialista, entonces el PCI debe explicar su cambio de opinión y profundizarlo, en vez de limitarse a cambiar a sus progenitores". Naturalmente, aún habiendo estado siempre en discrepancia con los comunistas, de la misma manera he evitado el enfrentamiento facioso, que no conduce a ninguna parte. En el mencionado artículo publicado en *Mondoperaio* escribí: "En estos últimos tiempos jamás oculé mi total desacuerdo con respecto a las requisitorias antiestalinianas, anto-gliatianas, antisoviéticas en general, a las recriminaciones, proscripciones, reiterados procesos fácticos, las condenas de una historia terrible, de las cuales por lo demás hermoso se ha salido victorioso". Y concluía: "Nunca he sido comunista (...) Pero jamás se me cruzó por la mente tirar ni el más pequeño

dardo que estuviere destinado no a formular un juicio histórico sino a alimentar una rifa política".

Tú concluyes diciendo que con esta actitud mía, que pretendo estar por encima de la disputa, termino provocando autocomplacencia en el PCI e irritación en el PSI. No es culpa mía, querido Pellicani, si se ha vuelto tan irascible. En estos últimos años, tanto como las otras, las reformas que aísla en la actualidad no ha desparecido el interés, tanto por trazar los lineamientos de un estado ideal, como se ha querido decir con otra expresión de idéntico significado, de una "sociedad justa" (pensemos en el debate que en estos años se ha desarrollado también en Italia sobre la obra de Rawls), cuanto por el problema de la obligación política (que se identifica con el problema de la legitimidad), o, finalmente, por el problema de la determinación de la categoría de lo político (pensemos en el renovado debate sobre la obra de Carl Schmitt).

Quisiera señalar, más bien, que en estos últimos años se ha dado a la expresión filosofía política un significado diferente a los cuatro que yo había enumerado hace quince años, un significado derivado de la falta en nuestro idioma de dos vocablos diferentes, que eviten confundir la política, tradicionalmente interpretada como conjunto de actividades y doctrinas que se refieren directa o indirectamente al estado (en el sentido, como para entendermos, de la "política" de Aristóteles), con aquellas que sería mejor llamar las "políticas", o sea orientaciones y decisiones de interés colectivo tomadas, no sólo desde el estado, sino también desde otras organizaciones sociales, por lo que se puede hablar correctamente de política de la Fia o de la CGIL. Esta confusión no existe en el idioma inglés, que cuenta con la palabra "politics" para el primer significado y con la palabra "policy" para el segundo. No puedo dejar de constatar que hoy se habla de filosofía política también por denominar a los estudios e investigaciones que se dedican a hacer propuestas, por ejemplo, de política económica, educativa, y (por qué no?), constitucional, en consecuencia no en el sentido de

Gaetano Pecora entrevista a Norberto Bobbio

## La filosofía política

**M**aire a pensar, conciencia crítica de la democracia, adalid de la libertad: así es como se lo reconoce unanimemente. Ante tan elogiosas apreciaciones, Norberto Bobbio (Turin, 1989) se retrae casi con temor, haciéndose más esquivo y reservado que lo habitual. Bobbio no aprecia los homenajes; menos aún hablar de sí mismo y cuando se siente obligado lo hace con tono mesurado, sin ninguna concepción para la autocomplacencia (y bien tenida mís). Hace ya muchos años escribió que el deber del historiador es "sembrar dudas y no cosechar certezas" y hoy, luego de decenas de años de investigar y enseñar, se define como un "perplejo". Todo su magisterio está plagado de dudas, de inquietantes interrogantes que se plantean a sí mismo y a los demás. Hay un bellísimo afánismo que dice: "el signo de exclamación, cuando se afloja, se vuelve de interrogación". Por eso es que hoy, cuando tantas certezas se han desmoronado, y la dura piedra de los dogmas se desgrana, hoy, más que nunca, su testimonio nos es precioso. Esto no ofrece respuestas perentorias ni soluciones definitivas (prerogativas ambas de profetas y demagogos); nos enseña, en cambio, a ubicar las preguntas, los "signos de interrogación" precisos, en forma clara y rigurosa; tan clara y rigurosa como para no permitir respuestas evasivas,equivocadas o confusas. La de Bobbio es en este aspecto, todo, en una escuela de probidad, Intellectual y moral.

Bobbio ha enseñado anteriormente en la Universidad de Camerino, pero luego ha querido en las de Siena y Padua. Desde 1948 hasta 1979 ha dictado cursos de filosofía del derecho y de filosofía política en su ciudad natal. Entre sus numerosos escritos recordamos *Política y Cultura* (1955), *Italia civil* (Manduria-Bar-Pergusa, 1964), *Da Hobbes a Marx* (Nápoles, 1965), *Saggi sulla scienza politica* en *Italia* (Bar, 1969), *Una filosofía militante. Studi su Carlo Cattaneo* (Turin, 1976), *El futuro de la democracia* (Turin, 1984), *Maestri e compagni* (Florencia, 1984), *Stato, governo, società* (Turin, 1985). En 1984 Norberto Bobbio fue nombrado senador vitalicio.

Profesor Bobbio, podríamos comenzar esta conversación poniendo en consideración el estado de salud de la filosofía política. Luego de un largo periodo de silencio —"per lungo silenzio parla filo", diría el poeta— asistimos hoy a una espaciosa proliferación de estudios sobre filosofía política. Las reflexiones sobre el estado mínimo, las referidas al nuevo contrato social, las argumentaciones en favor de una "sociedad justa" —todas revelan una rigurosa creatividad y un fervor intelectual lejos de inusual, hasta hace poco tiempo arraigado. Significativamente, la crisis de la filosofía política ha coincidido con un medio completamente particular de interpretar esta disciplina: la filosofía política como metodología de las ciencias políticas, o sea "política que renuncia a las construcciones abstractas" y se coloca al servicio de la ciencia política de la que analiza críticamente el lenguaje y los procedimientos de investi-

gación. En resumen —y aquí es evidente la influencia de las corrientes neopositivistas— filosofía política como "investigación sobre la investigación empírica", como "investigación de segundo grado". Si esto es verdad, ¿se puede entonces suponer que el actual florecimiento de la filosofía política es originaria en el rechazo a su acepción neopositivista? Pero entonces, más allá de la neopositivista, ¿en qué otra acepción debe entenderse la filosofía política?

Creo que usted se refiere a un artículo mío de 1971 (Dei possibili rapporti tra filosofia política e scienza politica), retomado en un artículo sucesivo publicado el mismo año (Considerazioni sulla filosofia política), en el cual establecía una distinción entre cuatro significados históricos y también corrientes de filosofía política, entre las que estaba el de filosofía política como meta-ciencia, o metodología de la ciencia política. Pero este significado, cuya inclusión se debía más que nada a las corrientes neopositivistas, neocomunitistas y de análisis del lenguaje, no excluía, en mi opinión, a los otros tres, o sea, de la filosofía política: como discurso sobre la opinión republicana; como investigación sobre el fundamento de la obligación política; como teoría de lo político o de la categoría política como diferente de la moral, la economía, etc. No las excluía con razón, puesto que aún en la actualidad no ha desaparecido el interés, tanto por trazar los lineamientos de un estado ideal, como se ha querido decir con otra expresión de idéntico significado, de una "sociedad justa" (pensemos en el debate que en estos años se ha desarrollado también en Italia sobre la obra de Rawls), cuanto por el problema de la obligación política (que se identifica con el problema de la legitimidad), o, finalmente, por el problema de la determinación de la categoría de lo político (pensemos en el renovado debate sobre la obra de Carl Schmitt).

Quisiera señalar, más bien, que en estos últimos años se ha dado a la expresión filosofía política un significado diferente a los cuatro que yo había enumerado hace quince años, un significado derivado de la falta en nuestro idioma de dos vocablos diferentes, que eviten confundir la política, tradicionalmente interpretada como conjunto de actividades y doctrinas que se refieren directa o indirectamente al estado (en el sentido, como para entendermos, de la "política" de Aristóteles), con aquellas que sería mejor llamar las "políticas", o sea orientaciones y decisiones de interés colectivo tomadas, no sólo desde el estado, sino también desde otras organizaciones sociales, por lo que se puede hablar correctamente de política de la Fia o de la CGIL. Esta confusión no existe en el idioma inglés, que cuenta con la palabra "politics" para el primer significado y con la palabra "policy" para el segundo. No puedo dejar de constatar que hoy se habla de filosofía política también por denominar a los estudios e investigaciones que se dedican a hacer propuestas, por ejemplo, de política económica, educativa, y (por qué no?), constitucional, en consecuencia no en el sentido de

"politics" sino en el sentido de "policy". Este, en mi opinión, es el significado que ha prevalecido entre aquellos que dieran vida a la sociedad "Política", como surge claramente de la advertencia a los lectores del boletín de "Noticias de Politeia" (invierno de 1985), donde se lee que los asociados se han propuesto "crear un instrumento para el conocimiento y la elaboración de análisis acorde con la formulación racional de las políticas sociales". Dado que hay lugar para todos, y nadie pretende tener el monopolio del significado de una palabra, bienvenida sea también la filosofía política, no en el sentido de teoría general del Estado sino en el de teoría de gobiernos y de sociedad justa, en tanto quede en claro que éste nuestro diálogo se desarrolle bajo el signo de la primera y no de las segundas, aunque solo sea porque yo la he entendido fundamentalmente así al enseñar durante años una disciplina que se llama filosofía de la política. Por otra parte, la mayoría de aquellos que la enseñan, no solo en Italia sino también en otros lugares, la interpretan de acuerdo a algunos de los cuatro significados mencionados al principio, fundamentalmente en el segundo, o sea como definición sustancialista, como era sin duda la que daba Hobbes —el poder poseído de los medios que permiten lograr el fin perseguido—, a una definición relacionista —el poder como cierta forma de relación entre dos sujetos—. Se pueden cambiar los criterios usados para distinguir una forma de poder de la otra —de una distinción basada en el diferente origen de las varias formas de poder, a otra basada en la diferente intensidad o en los diferentes instrumentos de que este se vale—, pero el problema del poder siempre estuvo en el centro de los intereses de todos aquellos que se ocuparon de su ocupación.

No hay duda que puede haber definiciones axiológicas o persuasivas de poder, como aquellas que lo definen como algo bueno o malo, útil o dañino, justo o injusto, y definiciones analíticas, como tales aseveraciones, que lo definen prescindiendo completamente de todo juicio de valor. Pero yo no diría que esta contraposición responde a la distinción entre filosofía y ciencia política, la que también es una distinción problemática y sobre la cual preferiría no embarcarme demasiado durante nuestra conversación, para evitar el riesgo de transformarla en un diálogo sobre los máximos sistemas. Cada vez estoy más convencido que entre aquello que llamamos filosofía política y lo que llamamos ciencia política existe, más que nada, una diferencia de grados de generalización. Pero cuál es el grado en que una investigación deja de ser científica para comenzar a merecer el más honorable título de filosofía: es difícil saberlo. La *política épica* (literalmente = ciencia política) de Platón puede ser considerada en ciertos aspectos más filosófica que la *filosofía civilis* de Hobbes.

Prueba de ello las conocidas definiciones clásicas de poder, consideradas producto de la filosofía política, que no son axiológicas, como aquella de Hobbes según la cual el poder es el conjunto de medios que un hombre tiene en el presente para obtener algún bien en el futuro; o aquella de Locke según la cual el poder es aquello que produce una modificación (por lo tanto también el



imperial. Es una paz, para utilizar categorías analíticas de Raymond Aron, de satisfacción. Sin duda el gran estado territorial moderno nació imponiendo dentro suyo una paz imperial, o sea, vallándose únicamente para aplacar los conflictos del monopolio de la fuerza que de hecho tenía. Pero paulatinamente, durante toda aquella fase que llamo del estado de derecho, este monopolio de hecho se fue transformando en un monopolio de la fuerza legítima mediante la regulación jurídica del uso de la fuerza. La paz consiste esencialmente en la concesionalización de los poderes ilimitados, o sea, de aquellos poderes que pueden hacer uso de la fuerza para imponer las propias decisiones. Un poco más allá del estado de derecho ha logrado darlo el estado democrático, que acogió no solo el principio fundamental del estado de derecho según el cual el ejercicio del poder debe estar siempre *sub lege*, sino que también subordinó este mismo poder al control popular, contra el posible abuso del poder, sumando a la garantía de legalidad la garantía derivadas de su fuente (desde ahora).

*El estado democrático reduce el espacio de aplicación de la coerción. Lo reduce pero no lo elimina. La política continúa siendo el reino de la fuerza, pero tiene razón quien vence, y no vece quien tiene razón. De allí el distanciamiento entre moral y política. Una acción moralmente buena es aquella cumplida respetando principios universales (o tenidos por tales) con independencia de los resultados emergentes. Una acción política buena sólo es aquella que ha tenido éxito. En consecuencia, dos códigos diferentes. Sin embargo, la filosofía política reconoce muchos intentos encaminados a superar el contraste entre moral y política. ¿Quisiera ilustrarnos acerca de aquellos que en su opinión son los más significativos? Y luego, ¿nos hará conocer su opinión personal?*

Habiendo expuesto un artículo del pequeño libro *Etica y política*, aparecido en 1984, esa tipología tentativa de las diversas soluciones dadas al problema de la relación entre moral y política, no me parece necesario replantearla íntegramente. Considero que los mayores, y también más conocidos, intentos de justificar la autonomía de la política respecto de la moral, o mejor dicho, de avalar las razones de la acción política aunque se contrapongan a la acción moral, son dos. En primer término, aquel que podemos llamar maquiavélico (aunque más no sea para entendernos) según el cual el fin justifica los medios y todos los medios son buenos si el fin es alto y noble —como ser salvar el estado— aunque estos medios sean moralmente ilícitos, como es lo sin duda no respetar los pactos, y serán, como se lee en *El principio*, “per ciascuno fudati”. En segundo término, aquel predominante entre los teóricos de la razón de estado (que eran generalmente juristas) según el cual la ley moral es una sola, pero admite “excepciones” (en casos particulares, o sea, en aquellos casos en los que la ley pierde validez por la necesidad no tiene). Así, Además, el estado de necesidad está recomendado a la vez en el derecho interno. De acuerdo a los principios de la razón de estado se justifican permanentemente su reconocimiento y los medios públicos, con respecto a la cual los gobiernos se encuentran con frecuencia en situación de tener que tomar decisiones rápidas, urgentes, para resolver casos en los cuales el respeto riguroso a las reglas generales de la moral, o del derecho, produciría efectos perjudiciales. No es ésta una muy larga ruta para entender qué es un estado de excepción y cuáles son las rupturas de la práctica tradicional que éste involucra. Lo ocurrido durante los días febriles y las acciones concitadas que signaron los sucesos de la “Achille Lauro” son un clásico ejemplo de la imposibilidad de observar las reglas normales.



que encuentra un gobierno en un estado de excepción. No se puede exigir la observancia rigurosa de los principios del estado de derecho, y de las reglas del juego democrático, cuando las decisiones deben ser rápidas y enfrentar excesos ajenos. La norma clásula de garantía que se puede pedir a un estado de derecho, para poder comprender también la excepción en las previsiones de una regla general, es la de establecer constitucionalmente cuál es la autoridad que puede determinar el estado de excepción, y en qué circunstancias. Lamentablemente esta constitución, por razones históricas fáciles de comprender, no dice nada al respecto.

La postura contraria, aquella que subdivide totalmente la política a la moral y en consecuencia prohíbe considerar licitudes en lo político las acciones que son consideradas ilícitas en lo moral pude, a su vez, ser mostrada desde dos puntos de vista fundamentalmente: a través de una concepción religiosa de la moral, como muestra de manera ejemplar la obra de Erasmo *La educación del príncipe cristiano*, que escrita en los años en que Maquiavelo escribió *El principio* constituye su clara antítesis; o, a través de una concepción racionalista de la moral como es la de Kant, que en un apéndice a la pequeña obra *Para la paz perpetua sostiene*, como hipótesis, que “la honestidad es la mejor política”, y en los artículos preliminares a un tratado ideal en los estados, condena todas las prácticas inmorales conducentes a los estados en sus relaciones reciprocas, comenzando por el uso de los espías.

Voy a contestar esta pregunta contra mi voluntad, pues me obliga a ser autobiográfico. Alguna vez me defini, ante un amigo que tenía grandes certezas, como un “perplejo”. La fórmula “distanciamiento relativo” expresa bien este estado mío de perplejidad: ni refugiarse en la torre de marfil, o sea, el intelectual como custodio de los valores eternos (a la manera de Benda, quien después entró con vehemencia en la liza durante los años del fascismo triunfante, volcándose decididamente en favor de los antifascistas); ni la movilización permanente al estilo Sartrre, o intelectual que no dejaba nunca de hacer sentir su voz acerca de todos los acontecimientos del día, firma todas las solicitudes, se exhibe en todas las manifestaciones de protesta. Ni el intelectual que está siempre por encima de los avatares, que nunca tumba parado, ni el intelectual orgánico de infensa memoria. Algunas veces he tenido que tomar partido y otros han tenido que ponérme aparte. En verdad tengo muchas dudas acerca del mundo, acerca de la historia, acerca del destino del hombre y, antes que nada, acerca de mí mismo, y tengo pocas certezas. Reiterando su mención de Pareto y del universo de la locura humana, pertenezco a una generación signada para siempre por la enormidad de los delitos cometidos por un puñado ejércitos sanguinarios marchaban tras la consigna “Gotti uit uns”, y cuyos jefes, aplaudidos, aclamados, habían sentido el orgullo, que sólo pudo llenar, con Thomas Mann, demoniaco, de granar a la entrada de los campos de exterminio la consigna: “El trabajo nos hace libres”. Cuando esta locura fue finalmente vencida, aquella luz encendida que anunciable el nacimiento de una nueva era apareció en el cielo de dos ciudades japonesas. Pero no sería una de paz. Sería quizás la era de una nueva guerra posible, total, absoluta, definitiva.

¶

*MondOriario*, núm. 1, 1986. Traducido del italiano por Hugo Farusi.

No se puede reprochar a los hombres de pensamiento y de ciencia el no haberse dado cuenta del peligro al que iban al encuentro, no éste o aquél pueblo, sino la totalidad del género humano. Pero, ¿qué efecto tuvieron sus recriminaciones, sus argumentaciones basadas en datos objetivos, sus congresos en los que denunciaron y continúan denunciando sin distinción de parte? Yo abusó de esta escalada hacia armas cada vez más potentes, su lúdica demostración de las etapas progresivas de esta carrera hacia el abismo? Hasta ahora ninguno, absolutamente ninguno. La carrera ha continuado, tanto por una como por otra parte, la potencia destructora de las armas ha seguido aumentando, el equilibrio del terror siempre se ha desequilibrado para reconciliarse en un nivel superior. ¿No es como para perder toda esperanza en la fuerza de la razón? ¿No puede surgir la duda ante una historia humana que parece dominada por la voluntad de poder, o para usar una expresión hegeliana, por la furia de la destrucción? No me pida respuestas a estos interrogantes. No tengo respuesta a estos para darle. Me muero con incertezas entre lo ideal y lo real, que parecen irreconciliables, entre los halagos de la razón y la despiadada lección que extraigo de la observación despiadada de los hechos. Sólo aquél que tenga una visión profética de la historia puede superar este estado de incertidumbre o, por el contrario, aquél que vive al día y no trata de ver más allá de sus narices. Yo no me identifico con ninguna de estas dos posiciones.

En el transcurso de este diálogo asomó el nombre de Pareto. Cuando discutíamos acerca de la autonomía del político se hizo referencia implícita a Benedetto Croce. Otro de sus preferidos es Carlos Cattoni. Aprovecho esta circunstancia para terminar esta entrevista con una pregunta que le lleva más de cerca. En su prefacio a *Una filosofía militarista*. Estudi su Cattaneo revelaba un estado de ánimo profundamente desesperanzado. “Perseguimos” —escribió en aquella circunstancia— “la heredade cuestión de la Justicia y la Libertad: hemos logrado bastante justicia y queremos extender la libertad.” A diez años de distancia creo que los matices están cambiando. En su premisa a El futuro de la democracia viene vibrar una nota de esperanza. Casi parece que “el deber de ser pesimista” se ha hecho menos imperioso. “Es una falsa impresión, o su actitud ha efectivamente cambiado? Y, de ser así, ¿qué lo ha llevado a modificarla?”

Llegó la hora de decirle: del cielo bajó a la tierra o, si se prefiere, de la Historia a la crónica. Soy un pesimista que, ante los riesgos, Mi pensamiento deriva de haber vivido de una manera esencialmente todo los años de la confusión que vale la tragedia de Pinochet en Chile. Temía que nuestra democracia fuese desmembrada debido como para resistir la violencia desestabilizadora. Me equivocé. Intenté advertirlo por los círculos de la información, de la academia, de la prensa, de los medios de comunicación social, a pesar de los problemas no resueltos, los ministerios no clarificados, los grandes conflictos de clase que vuelven a resurgir, las frecuentes controversias entre los sectores de la economía y forma parte de la historia de la humanidad, y no queremos vivir más por los círculos de la información entonces no podemos prescindir de él. Basándonos en la realidad y no en el ocultarlo, en lo dramático de este contraste, queríamos ser irrealistas, tanto la hipótesis de que afirman que la honestidad es la mejor política, como la hipótesis de que ésta (de la que Hegel podría considerarse representante) que considera como la mejor moral a la buena política. Que la historia humana es dramática, y que está recordada por contradicciones insolubles, no es una invención mía ni constituye para mí un motivo de satisfacción.

Pero si salimos de eso que es la expresión superficial de sectores interesados, y algunos de ellos hasta conspirativos, el problema central de la democracia argentina si-

es de conservar e intensificar la democracia, y de establecer relaciones entre el Estado y las corporaciones más allá de la dependencia que existe entre el Estado y las corporaciones.

## Conversación con Federico Storani

# El barco en la tempestad

La Ciudad Futura

Comparando la situación argentina con otros procesos parecidos se diría que a seis años de gobiernos constitucionales, teóricamente, la transición democrática estaría ya culminando. Sin embargo, la realidad de todos los días parecería señalar más cerca el colapso de la democracia que su consolidación. En este marco, ¿cómo aprecia el estado del proceso de transición democrática en la Argentina?

Estoy de acuerdo con la primera parte de la conversación. Dilectorianos estar más cerca de la consolidación que de la transición para afirmar el sistema democrático pleno. Pero ocurre exactamente lo contrario. Esto obedece a que en el 83 la crisis argentina no era solamente política. Además, el concepto de transición democrática en este caso difiere necesariamente del de otros lugares del mundo, porque apunta no solamente a la democratización de la forma del estado sino también de la sociedad, fuertemente convocada por aspectos autoritarios en su comportamiento. Más allá de lograr la división de los poderes, la independencia del poder judicial y el respeto por las libertades públicas, que es un avance sustancial que si se había logrado, nadie podría decir sensatamente que hoy se vive en una sociedad democrática, cuando hay comportamientos de factores de poder de carácter corporativo, cuando persisten comportamientos autoritarios de los mismos protagonistas políticos. La tolerancia, la convivencia y el pluralismo son todavía valores a conquistar por la sociedad.

Hecha esta primera aclaración, habría que agregar al análisis una profundísima crisis en el campo económico en una coyuntura internacional muy desfavorable. Sin duda, la consolidación del proceso democrático está ligada a satisfacer determinado tipo de expectativas; y si bien está claro que el concepto que señala que un gobierno perdura la legitimidad si no satisface las expectativas no es correcta, ya que la legitimidad del poder la va a tener por el respeto a la soberanía popular, si es cierto que en esta situación a un gobierno de transición democrática se le hace terriblemente difícil consolidarse.

¶

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene cierto nivel de corrupción —si uno considera a Maluf como paradigma emblemático del poder de la burguesía organizada con la democracia, sin incluso la intención de sabotearla. ¿Cómo ve el problema de los grandes grupos económicos y su compromiso o no con la democracia, y cómo se lleva a aquella situación?

—En primer lugar, el de 6 de febrero marca en todo caso el punto máximo de toda una decadencia general. Creo que estos sectores en la Argentina, a diferencia de otros países de América Latina como Brasil, que también tiene ci

Pero si el pacto llega como el intento necesario para darle sustento a un proyecto de transformación, a un cambio en la situación económico-social, adquiere un contenido político.

Este pacto debe partir de algunos supuestos básicos. La inexistencia de un mercado hace imposible el proyecto del mercado libre. En la Argentina no existe mercado, existe el manejo de un pequeño mercado que puede ser fuertemente torguesado. Los países que han logrado la libertad total (con cierta estabilidad...) lo hacen además sobre un desarrollo económico mucho más acelerado. En los países en vías de desarrollo no conozco un solo ejemplo en el mundo sin cierto rol del Estado en la orientación de la economía, en cierta autonomía con respecto a los factores de poder para ejercer esa orientación.

Si tomamos el ejemplo de Corea es el más acabado. Y todo el planteo del comercio exterior se basa en una fuerte contracción de su mercado interno... o con una planificación sumamente centralizada del comercio exterior y de la orientación del crédito. Con esto no estoy proponiendo el retorno a la economía sustitutiva de importaciones aplicada desde el 48. Hasta que temen en cuenta la vulnerabilidad del modelo coreano, sujetos a los vaivenes del comercio internacional.

Pero creo que en lo referente al estado lo importante es tener en claro tres o cuatro cosas de lo que se quiere defender: recuperación del rol del estado; cierta orientación de la actividad económica; una reforma tributaria de carácter completamente distinto.

*—Durante el 88, que fue año de "dólar bajo", el principal explotador de granos fue la Junta Nacional de Granos, y los sucesivos posteriores mostraron cada vulnerabilidad era esa política. ¿Qué garantías se pueden ofrecer de continuidad de una política de este tipo, que tienda a un disciplinamiento de los otros actores económicos?*

—Las garantías están ligadas a la voluntad política. Esto se hacía cuando diciendo "es la última vez", y se desarrolló en un proceso de liquidación de la JNG. Pero se le da jerarquía, y se establecen mecanismos complementarios de control, me parece que es distinto. Muchas veces del 88 se había proclamado que estos mecanismos iban a ir cediendo paso a las formas privadas de comercialización, y eso les quita legitimidad en el rol que tienen que cumplir.

*—Reconstruir la voluntad política, recuperar instrumentos tradicionales, retomar la iniciativa, representar la voluntad colectiva. Darla la impresión de que antes de llegar a ese punto vamos a atravesar momentos muy tormentosos. Todo parece indicar así, las expectativas perversas están a flor de piel y se escuchan en todos los sectores sociales, ¿no?*

—Yo creo que una de las mayores virtudes que tiene el proceso de transición democrática es que produce una decentración ideológica. En otros términos, lo que el radicalismo mostró en el poder son limitaciones ideológicas en el sentido más amplio. Tuvo crisis de ideas, de valores. Tuvo claridad en algunos aspectos ligados a las libertades políticas, pluralismo, ruptura del aislamiento internacional. En todo esto se avanzó muchísimo. Pero su falla central estuvo en cómo hacer las tareas que mencionábamos anteriormente. Caíó en errores que constituyeron un misterio de sus limitaciones ideológicas. La pretendida política de alianzas con las corporaciones es un ejemplo.

*—¿Cómo analiza, en el marco de esa actual pérdida de confiabilidad en la política, el fenómeno Seineldín?*

—Yo creo que no es un fenómeno, que es una cosa de poca monta muy alimentada por los medios de comunicación y que tiene una causa de fondo. Tuvo claridad en algunos aspectos ligados a las libertades políticas, pluralismo, ruptura del aislamiento internacional. En todo esto se avanzó muchísimo. Pero su falla central estuvo en cómo hacer las tareas que mencionábamos anteriormente. Caíó en errores que constituyeron un misterio de sus limitaciones ideológicas. La pretendida política de alianzas con las corporaciones es un ejemplo.

—Yo creo que el problema de la disminución del déficit fiscal no es ideológico; es neutro, lo importante es la orientación que va tener. Nos han vendido un dogma según el cual nosotros eliminamos el déficit fiscal y eliminamos la inflación. En el mes de diciembre se estuvo muy cerca de equiparar los gastos del estado y los recursos genuinos obtenidos. Está visto que el déficit fiscal no es lo que resume todo. En este momento, todo el planteo de la reforma del estado y de la venta de las empresas públicas está orientado a disminuir el déficit operativo sin responder al cómo y al para qué. Hay un concepto distinto de lo que tiene que ser la reforma del estado. Para nosotros, buena parte de las cosas que hoy se descartan por ineficientes son perfectamente recuperables con una reestructuración de las empresas que implique una participación de los trabajadores en ellas. Y también llegamos al tema de los instrumentos: sería muy importante recuperar algunos tradicionales.

*—¿Como el IAPI?*

—Yo no me remontaría a situaciones tan

lejanas y diferentes. Pero si pienso en otros instrumentos, como la Junta Nacional de Granos y la Junta Nacional de Cárnicos. Existió en el sentido que el estado tiene o puede tener sin hacer grandes creencias, sin organismos electorales. Y, por supuesto, hay que tener un estatutamiento constreñido de la entrada, salida y liquidación de las divisas con un régimen penal muy severo. E incluso la prohibición lisa y llana de la comercialización legal de las divisas. Esto lo han implementado muchos países del mundo democrático y capitalista. No es para asustarse en cuanto a lo que pueden ser medidas de corte intervencionistas. No se puede seguir permitiendo el drenaje de divisas al exterior. Es la pregunta que hacen los acreedores: ¿por qué no traen los capitales que sacaron en su momento? Es la pregunta elemental que nos han hecho en cualquier proceso de negociación, como me consta personalmente.

*—Durante el 88, que fue año de "dólar bajo", el principal explotador de granos fue la Junta Nacional de Granos, y los sucesivos posteriores mostraron cada vulnerabilidad era esa política. ¿Qué garantías se pueden ofrecer de continuidad de una política de este tipo, que tienda a un disciplinamiento de los otros actores económicos?*

—Las garantías están ligadas a la voluntad política. Esto se hacía cuando diciendo "es la última vez", y se desarrolló en un proceso de liquidación de la JNG. Pero se le da jerarquía, y se establecen mecanismos complementarios de control, me parece que es distinto. Muchas veces del 88 se había proclamado que estos mecanismos iban a ir cediendo paso a las formas privadas de comercialización, y eso les quita legitimidad en el rol que tienen que cumplir.

*—Reconstruir la voluntad política, recuperar instrumentos tradicionales, retomar la iniciativa, representar la voluntad colectiva. Darla la impresión de que antes de llegar a ese punto vamos a atravesar momentos muy tormentosos. Todo parece indicar así, las expectativas perversas están a flor de piel y se escuchan en todos los sectores sociales, ¿no?*

—Yo creo que no es un fenómeno, que es una cosa de poca monta muy alimentada por los medios de comunicación y que tiene una causa de fondo. Tuvo claridad en algunos aspectos ligados a las libertades políticas, pluralismo, ruptura del aislamiento internacional. En todo esto se avanzó muchísimo. Pero su falla central estuvo en cómo hacer las tareas que mencionábamos anteriormente. Caíó en errores que constituyeron un misterio de sus limitaciones ideológicas. La pretendida política de alianzas con las corporaciones es un ejemplo.

—Yo creo que el problema de la disminución del déficit fiscal no es ideológico; es neutro, lo importante es la orientación que va tener. Nos han vendido un dogma según el cual nosotros eliminamos el déficit fiscal y eliminamos la inflación. En el mes de diciembre se estuvo muy cerca de equiparar los gastos del estado y los recursos genuinos obtenidos. Está visto que el déficit fiscal no es lo que resume todo. En este momento, todo el planteo de la reforma del estado y de la venta de las empresas públicas está orientado a disminuir el déficit operativo sin responder al cómo y al para qué. Hay un concepto distinto de lo que tiene que ser la reforma del estado. Para nosotros, buena parte de las cosas que hoy se descartan por ineficientes son perfectamente recuperables con una reestructuración de las empresas que implique una participación de los trabajadores en ellas. Y también llegamos al tema de los instrumentos: sería muy importante recuperar algunos tradicionales.

*—¿Como el IAPI?*

—Yo no me remontaría a situaciones tan

que estén en el poder y no crezca una alternativa, ésta puede buscarse afuera; o aun naciendo del sistema, que sea antisistema por los valores que represente. Éste es el caso de Brasil, focalizado en una región, aunque en crecimiento. Otro escenario posible es una bordablandez del poder, que significaría también una retrogradación conocida del sistema. Defraudado Menem por su tono en continuar en esta línea política y económica conservadora, puede echar mano entonces a la tentación de desear mayor ingenerosidad a la recuperación militar. En ese sentido, yo le doy más importancia a la corporación militar que a Seineldín, porque ha ido identificando con rivendicaciones. Todos los planteos de Cáceres como cara legal del ejército están orientados hacia la modificación de la Ley de Defensa, del Código de Justicia Militar, la reivindicación de la guerra sucia, la devolución de honores y grados militares a los incluidos en la segunda parte del indulto, etcétera.

*—Cuál es la perspectiva que tiene la constitución de un espacio de centro izquierda amplio, dentro de éste, qué piensa de la tarea que están realizando algunos dirigentes políticos como Ayuso?*

—Yo no creo que esto sea pueda empujarse de voluntarismo, es más bien un proceso de decentración natural. Se tiene que dar y se está dando. No vamos a volver a caer en aquello de que se está agotando tal o cuarto partido, que finalmente nunca se agota. Lo que sí está ocurriendo es que los grandes caudillos que servían de contendores están disminuyendo sus roles, cada vez la situación se los devora más rápidamente. Y otro dato importante es que los tiempos en general son ahora mucho más acelerados. El ritmo de vértigo que tiene la crisis es muy superior a la capacidad de respuesta de los partidos políticos. Todo este proceso debería llevar a coincidencias cada vez mayores entre quienes tienen mayor afinidad de pensamiento. Yo creo que hubo matizaciones dentro de un partido, pero no proyectos antagónicos como en muchos casos si lo hay. Aunque quizás esto se dé mucho menos en el radicalismo que en el peronismo. La posibilidad de que aquí surjan nuevos agrupamientos quizás sea aún prematura, pero no es una posibilidad deseable en la medida en que se precipite la crisis.

Con respecto a los esfuerzos que hasta ahora se han hecho en torno a la conformación de un frente de centroizquierda, han tenido todos un defecto estructural: nacen con el apoyo de figuras individuales prestigiosas, como Ayuso, pero con una mínima inserción en cuanto a lo que representan. Ayuso viene de haber matizaciones dentro de un partido, pero no proyectos antagónicos como en muchos casos si lo hay. Aunque quizás esto se dé mucho menos en el radicalismo que en el peronismo. La posibilidad de que aquí surjan nuevos agrupamientos quizás sea aún prematura, pero no es una posibilidad deseable en la medida en que se precipite la crisis.

En primer lugar habría que decir que un discurso suena más consistente si los que se lo oyen son absolutamente inconsistentes. Y a decir verdad, a la —real— crisis de la universidad, a su —real— falta de recursos en general, se lo oyen inconsistencias. Desde una vaga apelación a la "democratización" de la enseñanza hasta explicar todo de lo no pago de la deuda no es mucho lo que se escucha en el concierto de las agrupaciones políticas del mundo universitario.

Por otra parte, un razonamiento suena lógico si se enumera dentro de una lógica de pensamiento que todos comparten. Y el arancelamiento como vía de solución a los problemas que tiene la universidad suena lógico si concebimos a ésta como un servicio al ciudadano al estudiante. "Por qué toda la sociedad nos da a pagar la formación de jóvenes de clase media?" "¿Acaso es gratuita la televisión por cable?" En un país donde hay analabó-

Hace ya algún tiempo que la idea de que la universidad está "en crisis" se ha instalado en los discursos de quienes se ocupan del tema. Y son relativamente unánimes los diagnósticos: escasez de recursos, superpoblación, bajos salarios, deterioro del nivel académico, etc. etc.

Lo que está en discusión no es, entonces, el estado en que se encuentra la universidad, sino las razones que la llevaron a ese estado y las posibles salidas a la crisis. Por lo que deberíamos definir previamente dos cuestiones: 1) ¿Qué modelo de universidad está en crisis? 2) ¿Qué respuestas surgen a esta crisis?

Tanto en el modelo peronista —de universidad subsidiada por el estado, formado por profesionales para el aparato productivo y para la burocracia estatal— como en el posterior desarrollista —priorizando la formación especializada y con fuerte inversión de capital privado— concebían a la universidad como una inversión social a largo plazo. Más allá de las características —discutibles— de estos modelos, ambos concebían a la educación superior como una inversión pensada en función de determinado modelo de desarrollo. Históricamente la universidad nunca fue concebida como un servicio a las personas.

Ante la crisis, la crítica más generalizada es la de su originalidad —la que proviene de la derecha: la universidad está "sobrecargada" de demandas. Esta sobrecarga se manifiesta en dos planos: el económico, lo que se traduce en la ineficacia de su funcionamiento, pérdida de nivel académico, etc., y el político: su consecuencia está en la pérdida de credibilidad de la universidad, ya sea por parte de la sociedad como de sus propios clausuros.

Esta crítica viene acompañada de un cuestionamiento a la inversión en educación universitaria por parte del estado. El recorte presupuestario a las universidades es la demanda y el arancelamiento es la propuesta. Esto es el contenido central del discurso de los grupos conservadores de la universidad. Pero también es el razonamiento de la mayoría parte de los integrantes de la comunidad. El pensamiento de la derecha se ha convertido, pues, en sentido común. Y esta cuestión merece algunas reflexiones.

En primer lugar habría que decir que un discurso suena más consistente si los que se lo oyen son absolutamente inconsistentes. Y a decir verdad, a la —real— crisis de la universidad, a su —real— falta de recursos en general, se lo oyen inconsistencias. Desde una vaga apelación a la "democratización" de la enseñanza hasta explicar todo de lo no pago de la deuda no es mucho lo que se escucha en el concierto de las agrupaciones políticas del mundo universitario.

Por otra parte, un razonamiento suena lógico si se enumera dentro de una lógica de pensamiento que todos comparten. Y el arancelamiento como vía de solución a los problemas que tiene la universidad suena lógico si concebimos a ésta como un servicio al ciudadano al estudiante. "Por qué toda la sociedad nos da a pagar la formación de jóvenes de clase media?" "¿Acaso es gratuita la televisión por cable?" En un país donde hay analabó-

## Agotamiento de un modelo

# El mito de la universidad servicio público

Julián Gadano

tos...etc. Podemos pensar, inclusive, en alternativas "populares", para que paguen algunos y otros no, como la tarifa diferenciada de SEGIBA o Gas del Estado.

El problema es que la universidad no es —ni debería ser un servicio público—. Es una institución del estado que tiene (o debería tener) una función específica: formar profesionales. De todas formas, aún en este marco podría resultar posible para alguien la alternativa del arancelamiento. Hagamos pocos, un muy sencillo análisis: la UBA tiene un presupuesto imposible de conocer en términos reales, pero que para 1987 fue de 100 millones de dólares, veré más verde me-

tos...etc. Podemos pensar, inclusive, en alternativas "populares", para que paguen algunos y otros no, como la tarifa diferenciada de SEGIBA o Gas del Estado.

El problema es que la universidad no es —ni debería ser un servicio público—. Es una institución del estado que tiene (o debería tener) una función específica: formar profesionales. De todas formas, aún en este marco podría resultar posible para alguien la alternativa del arancelamiento. Hagamos pocos, un muy sencillo análisis: la UBA tiene un presupuesto imposible de conocer en términos reales, pero que para 1987 fue de 100 millones de dólares, veré más verde me-

debe ser abordada desde una idea de universidad, y no de cómo gastar menos. No es posible decir, al próximo año docente "facultad que facultad que cierra". No es válido el argumento del número de analfabetos de la misma forma que no sería válido cerrar los hospitales de agudos porque —tal— la gente se muere de chagas. Y mucho menos cuando es mucho más el dinero que se gasta en subsidiar la amplia gama de alternativas de especulación que nuestra plazza financiera ofrece.

Pero el problema existe, y sólo plantearlo no modifica las cosas. De hecho hay una serie de preguntas que circularn sobre este tema que, por omisión, faltan de iniciativas o falta de interés, ni tienen respuesta:

\* La universidad tiene presupuesto sin dudas escaso, pero también es cierto que gasta mal el que tiene. Por razones que tienen que ver con la propia universidad, (y con las leyes de compras del Estado).

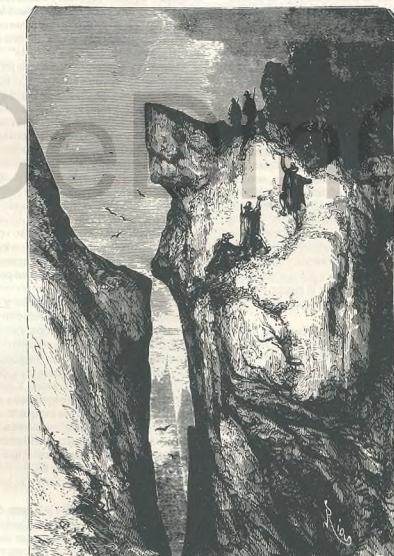
\* La participación de los clausuros estudiantes en los Consejos es de un fuerte contenido reivindicativo, mezclándose de esta forma con la actividad de los Centros de Estudiantes, y no asumiendo su participación en el gobierno de las instituciones. Tantos años de proscripciones y falta de democracia han acostumbrado al movimiento estudiantil a prácticas reivindicativas "des de afuera".

\* Por otra parte, los decanos y profesores en general se relacionan con los clausuros de Graduados y Estudiantes tráfnandos como clausuros "menores". Es bastante común que determinados temas (como el trámite del presupuesto o la elección de las máximas autoridades) se consideren propio de decanos y profesores.

\* Ante la evidente degradación del Ciclo Básico Común, a partir de sus fundamentos originales, ningún sector de la Universidad ha podido tomar el tema seriamente, más allá de los conocidos reclamos de vuelta al pasado, o algunas apelaciones a la democracia del estudiante y el aumento mínimo del ingreso universitario y el consumo urgente de la falta de respuestas al modelo de universidad —dicho servicio público. Habría que preguntarse si el CBC sigue hoy para los objetivos para los cuales para él fue creado. Cabría questionar si la formación actual de la universidad —que es la que se ha perdido el debate sobre cómo formar mejores profesionales— es realmente democrática, en términos sociales. La universidad de hoy tiene más alumnos, pero menos sectores sociales en su seno.

\* El problema no es que la universidad forma díctas (puesto que es imposible que no lo haga), sino de qué manera lo hace. Entre el financiamiento estatal y el arancelamiento hay una amplia gama de opciones hoy poco atendidas. La universidad debería asumir su autonomía y salir a generar formas de financiamiento que, tomando en cuenta el contexto central de la universidad, complementen la planta docente.

Estos temas no son nuevos, y sin duda que han generado —y seguirán generando— debates y polémicas. El debate entre la universidad Gas del Estado o Cablevisión no nos representa. Y esa es precisamente nuestra intención: enfrentar algunos mitos que nos han dejado prácticamente sin ideas.



nos. Y cuenta con una matrícula de 175.000

alumnos que deambulan por sus aulas y laboratorios. Pensando en que el 60% pase por cada uno de los meses (100.000 estudiantes), tendrían que pagar \$80.000 para aumentar el presupuesto un 20% aproximadamente. Es decir, para aumentar un 50% los salarios docentes, por ejemplo. Para que un trabajo práctico de tiempo completo pase a ganar \$300.000 australianos, pongamos cuarenta pesos. No es un cambio estructural, la verdad. Y eso suponiendo que todos los estudiantes paguen religiosamente y la cantidad de alumnos no se achique. Cuanto mejor el trabajo práctico, tanto mejor el presupuesto.

Seamos sinceros: muchas veces los consejos universitarios somos "lobbystas" de nuestro propio clausuro ante un gobierno que vemos ajeno a nosotros.

Entonces, planteada la idea de repensar la cuestión universitaria, volvamos al problema. La crisis de la universidad



cipales ciudades, en el Distrito Federal y en las capitales estatales más importantes. Este hecho llevó a varios analistas a recuperar la noción del dualismo estructural o básico para explicar el comportamiento de los partidos políticos. A su vez, el voto y los votantes y candidatos progresistas del Brasil tradicional, rural, lo hicieron por los conservadores y continuistas. Independientemente del juicio que merecía la interpretación dualista (y no lo comparo), no puede negarse que la sociedad brasileña se expresó electoralmente en términos tales que la imagen de la fragmentación, y tal vez mejor de la multiplicidad y la diversidad social, se impone claramente, poniendo al desnudo las fortísimas contradicciones que distinguen a aquélla. Los más pobres (en términos económicos, sociales, educativos, sanitarios) votaron mayoritariamente por Collor de Mello y su vagamente socialista Partido Liberal. La mayoría de los más ricos, urbanos, blancos y por razones distintas, particularmente en la segunda vuelta, puso en el primer turno muchos de los que hicieron por los derechos Paulista Maluf y Guilherme Afif y hasta por Mario Covas. Quienes tienen mayores niveles educativos y salariales repartieron sus votos entre este último y Lula. Los empresarios se encontraban muy divididos en sus preferencias, no alcanzando a definir o articular una propuesta unitaria, por lo cual terminaron pragmáticamente optando por el "voto útil", es decir, por Collor, más por oposición a las propuestas eventualmente estatizantes o socializantes, que por el apoyo a su estrategia política. En cuanto a la población urbana, la comprensión más amplia de los sectores periphericos o vinculados a las actividades más dinámicas, modernas, con mayores niveles de calificación, conciencia y organización —nucleados en la Central Única dos Trabajadores (CUT) y firme apoyo del Partido dos Trabajadores (PT), el partido de Lula— votaron por el FBP; en cambio, los vinculados al llamado "sindicalismo de resultados", reunidos en la Central Geral dos Trabajadores (CGT), presidida por Rogério Magri (fueron interesados en la creación de un banco sindical), lo hicieron por Collor. Sin embargo, como lo indican los resultados del voto, la población urbana votó en su mayoría por los candidatos populares urbanos de las más consideradas las fuerzas de Salvador (39,4 %, frente a un 22,3 % a nivel estatal), donde Collor se impuso con 29,9 %. Recibe (38,1 %), con 29,6 % en todo el estado de Pernambuco, donde Collor ganó con 33,2 % de los votos), João Pessoa (26,9 %, con 21,4 % en todo Paraíba, estando en el que el PRN alcanzó 31,2 %), Teresina (32,8 %, que carece a 20,4 % a nivel estatal); en este, Plaumann, Colônia llegó a 35,7 % y Natal (20 %, que se reduce a 21,4 % en el estado, Rio Grande do Norte, en el que el triunfo de Collor se afirma sobre un porcentaje similar al del líder del PRN en la capital, 29,2 %).

Por otra parte, el voto de Mello ganó en el estado de São Paulo, expresión de lo más moderno y dinámico de Brasil. Observe al 40,852,220 votos (23,4 %, porcentajes apenas superiores a los alcanzados por Maluf, 21,25, y Covas, 21,8), imponiéndose en 10 de las 26 mayores ciudades del Estado. Aquí, Lula ganó con 2,921,896 votos —muy 15,2 %, siendo mayoría en 6 de esas ciudades; incluso no hizo una buena votación en aquellas cuyas prefecturas el PT ganó las elecciones de 1988. Es la ciudad de São Paulo, Collor (962,602 suffragios, 16,9 %) y Lula (861,546 y 15,2 %), ubicaron en el 3<sup>er</sup> y 4<sup>er</sup> lugares, de acuerdo a Mario Covas (1,804,104 suffragios, 31,9 %). El FBP se impuso en Santo André, São Bernardo do Campo, São Caetano y Diadema (el llamado ABCD), en el Grande São Paulo. De modo similar, en las capitales, los resultados del principal estudio no hacen más que confirmar el patrón de comportamiento del electorado a nivel nacional.

Los resultados indican que los partidos del arco del centro a la derecha —PRN (Partido Democrático Social, Paulo Maluf), PL (Partido Liberal, Guilherme Afif)— reúnen el 41,32 % de los votos emitidos, porcentaje ligeramente superior si se incluyen el Partido da Frente Popular (PFP), de Aureliano Chaves, uno de los políticos símbolos del régimen militar, y el Partido Social Demócratico (PSD), del delirante Ronaldo Caiado, portavoz de los más conservadores y tradicionales. Los resultados de la coalición que integró la llamada Frente Popular (Frente Popular Socialista Brasileira, Mario Covas), ubicados en el segundo, tercero y cuarto lugar— ocupó 42,43 % por ciento, también aquí con un pequeño incremento si se suma el 1,06 % logrado por el PCB (Partido Comunista Brasileiro, Roberto Freire) y su propuesta de un "socialismo renovado". Lo que en Brasil se considera centrostricto sensu, representado por el Partido do Movimento Democrático Brasileiro (PMDB, Ulysses Guimarães), apenas sumó 4,43 % de los votos.

Nos quedan, pues, las cinco partides que se distinguen por la mayor cantidad e voto y/o representación en las elecciones parlamentarias de 1986 —PMDB, PFL, PSD, PDT y el desaparecido PTB (Partido Trabalhista Brasileiro, de Yevete Vargas, hija de Gómez)—, en 1989 no alcanzaron el umbral del 10 %, excepto el bri-ko-lismo (3%, con el 14,54 %). El PMDB y el PFL constituyeron, en 1988 la Alianza Democrática, acuerdo político que permitió la elección de la fórmula Tancredo Neves-José Sarney. Hoy, con 3,805,770 votos (5,27 %) y la alianza táctica disuelta, pueden considerarse prácticamente desparecidos. El presidente Sarney no tiene candidato orgánico, aunque declaró haber votado por Aurelio Moisés.

En PDS, continuadores de la Alianza Renovadora Nacional (ARENA), el partido del gobernador militar hasta 1979, parecieron a seguir la suerte de su más orgánico, el empresario Paulista Maluf, otro hombre vinculado al régimen militar. Ubicado en la quinta posición, con 2,88 % de los votos, no alcanzó a constituirse en una orgánica expresión de la derecha. Justamente, las elecciones presidenciales no sólo indican que ésta carece aún de un partido que la represente cabalmente: más precisamente muestran que la burguesía brasileña, incluyendo su fracción más moderna, carece de tal partido orgánico. El PRN no lo es, en primer lugar porque no es un partido realmente, tal, mucho menos orgánico. Fue fundado en febrero de 1989 para servir de soporte a la candidatura de Collor (un hombre que proviene, sucesivamente, de la ARENA—1979-82—el PDS—1982-85—y el PMDB—1985-89). Parece fuera de toda duda que éste es el caso. A pesar de que Collor, en su intento, los expulsó, los egualó y los sometió a la disciplina del partido, no parece que él representara orgánicamente. En el sentido, el PRN expresa más bien la consumida oligarquía, de los grupos que detentaron y sobre todo instauraron el poder bajo la dictadura. Como escribió Fernando Henrique Cardoso, el conservadorismo brasileño se deshizo en fislogismo y oportunismo.

Tres partidos, en cambio, lograron constituirse en una clara expresión de definidos sectores de la sociedad brasileña y, en los casos al menos, como partido orgánicos y bien estructurados. El primero es el Partido dos Trabajadores (PT), que integró la llamada Frente Popular Popular, que integró además a los Partidos Socialistas Brasileiro (PSB) y Comunista do Brasil (PSB-B). Representa a mayoritarios sectores de la clase obrera industrial, con alto nivel de calificación, sindicalizados, combativos, aunque también ha logrado, como se ha señalado, la representación de trabajadores y sectores populares de áreas menores dinámicas (particularmente en el Nordeste), a los que suman importancia núcleos de clase media urbana (intelectuales, artistas, profesionales) y movimientos sociales en pro de mejores condiciones de vida, a la vez que se opone a la corrupción. La coherencia y la cohesión orgánica de la coyuntura se impuso sobre el necesario análisis de las líneas de continuidad que existen en la política brasileña desde el golpe de 1964. En este sentido, no es sólo un dato anecdótico la rehabilitación de Aureliano Chaves—quintessential del político mediocre (al igual que Sarney) pergeñado por la dictadura—, la persistencia de Paulo Maluf—otro fruto de la dictadura, símbolo de la opresión, la mentira y la corrupción. Tampoco lo es que haya ganado Collor de Mello —como Chaves, Maluf y Sarney— la simpatía popular. La gente lo define así Brizola con una frase famosa: "filiote da disidencia", expresión de la continuidad, persistencia de la transición conservadora.

Un investi gación realizada conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña. Así, el 43 % de los entrevistados se declaró partidario de la democracia sobre cualesquier otra forma de gobierno, pero 22 % se mostró indiferente respecto de una democracia o una dictadura (formal o informal) y un 18 % incluso se pronunció sobre la conveniencia de la dictadura en ciertas circunstancias. Los 25 % restantes, 15 % respondieron que la democracia era más importante que la dictadura y 10 % que la autoridad del presidente era más importante que la propia de los partidos. Un 45 % respondió afirmativamente a la proposición: "La participación del pueblo en las decisiones importantes del país", como una solución preferida para el país. La opción por la democracia fue reforzada con los pronunciamientos a favor de la total libertad para los partidos políticos (69 %), en contra del chichón, en la democracia brasileña. No hay alcanzado a concretar como tal el episodio es el resultado, en buena medida (en 51 %), de las respuestas a los medios de comunicación (64 %). También por el 74 % de respuestas afirmativas a la proposición: "Si el pueblo tuviese el poder de decidir, el país sería mucho mejor" aunque, paradójicamente, 45 % (contra 38 %) se pronunció positivamente sobre la proposición: "que las personas que mejor saben lo que deben vivir dan el poder" y 40 % (contra 32 %) adhirió a esta otra: "La democracia es peligrosa porque puede provocar desorden".

Los resultados de la investigación dicen también de la fuerte desconfianza que los brasilienses tienen de sus instituciones políticas (59 % Poder Ejecutivo), 57 (Congreso) y 43 % justicia). Como si fuera poco, existe la convicción de que los Poderes Ejecutivo y Legislativo federales son influidos en sus decisiones por los empresarios (72 y 71 %) y por los militares (54 y 48 %, respectivamente), al tiempo que los partidos son visualizados en primer lugar como representantes de "los que no piensan" (49 %) y estos como personajes interesados en el lucro (48 %). La confianza en el sistema judicial es alta (54 % contra 45 %), pero se debilita a defender los intereses de los electores). Como bien señala Leônio Martins Rodrigues, estos resultados sugieren que faltó en Brasil una de las condiciones básicas —una competente clase política— para el funcionamiento correcto de un sistema político democrático, como también que existe una fuerte proporción de electores favorables a modelos autoritarios de gobierno y de actuación pública.

El PDS es un partido nuevo, creado en 1988 a partir de disidentes de izquierda del PMDB. Dispone de un conjunto de datos de su actividad a priori, aparecen como una fuerza capaz de desempeñar un decisivo papel en la formación de la política del momento. No obstante, como se sabe, condiciones políticas no son siempre condiciones suficientes. El PMDB podría constituirse en una fuerza política de mayor entidad si logra definir y realizar una estrategia que la permita superar, por lo menos, dos limitaciones actuales: 1) su excesivo apoyo a la clase media urbana de las principales ciudades y estados; 2) su escasa penetración fuera de los cinco estados más importantes electoralmente y de la región Sud-Este. En efecto, el PDS obtuvo 5,871,538 votos (7,53 % de su total de sufragios) en São Paulo (3,802,330), Minas Gerais (1,290,200), Paraná (950,000), Rio Grande do Sul (450,000) y Río de Janeiro (450,000), sin embargo, su resultado es inferior a la media (45 % contra solo un 9 % que piensa que se dedican a defender los intereses de los electores). Como bien señala Leônio Martins Rodrigues, estos resultados sugieren que faltó en Brasil una de las condiciones básicas —una competente clase política— para el funcionamiento correcto de un sistema político democrático, como también que existe una fuerte proporción de electores favorables a modelos autoritarios de gobierno y de actuación pública.

Es cierto que un 67 % se resiste a alguna dimensión política (municipal, estatal o nacional), pero también lo que un 70 % piensa que no es que un porcentaje (58 %) crean que los votos de los que se dice que se dedican al servicio público (45 % contra solo un 9 % que piensa que la política no entiende lo que acontece). Un 45 (contra 43 %) se opone a la propuesta de que el PDS es fuerte en la región Sudeste (São Paulo, Minas Gerais, Rio de Janeiro y Espírito Santo), la más importante del país; el 51,265,412 votos (67,56 % por ciento del caudal nacional), con 46,73 % de ellos logrados en las cuatro capitales (que por otra lado significan 31,57 % del total de votos emitidos), es decir, casi todos los que votaron en la capital federal.

Y lo que la fuerza inciden te en la vida política de Brasil, la fuerza que la burguesía brasileña, de una concepción de práctica política fundada en la representación, no se limita a la representación de la cultura política brasileña, de una concepción de práctica política fundada en la delegación (en detrimento de la representación), es decir, en la entrega al gobernante de la misión de resolver los problemas de la sociedad. La delegación, a la inversa de la representación, no construye el principio de legitimidad del ejercicio del poder por parte de aquél a través de un proceso, generalmente más largo que el político. Sólo se funda en depositar (delegar) la tarea en este, reservándose los delegantes el mantenimiento de la cotidianidad expectativa de la administración y, sobre todo, de los resultados inmediatos. El principio de delegación no es, por decirlo de forma sencilla, el principio de la representación, que permanece en el segundo turno, pero difícilmente sirve para gubernamentalmente.

En cuanto al PML, finalmente, es por cierto el menos orgánico de los tres principales partidos del arco centrozquierda-izquierda. La fuerza que el PML tiene es la fuerza que tiene Leonel Brizola, también el principio ligado a la suerte de éste. Faltó la fuerza de Leonel Brizola, que a los partidos brasilienses de viejo cuadro, constituidos más en torno a liderazgos que a programas, doctrina o organización sólida. En algún sentido puede ser calificado como una formación popular de izquierda, a despegue de la ocupación de una vicepresidencia de la Internacional Socialista por Brizola. Francisco de Oliveira lo define acertadamente: "es mucho más un vasto movimiento político anclado en sectores populares inespecíficos desde el punto de vista de la organización, que responden a demandas de carencia general".

La investigación de Datafolha/CEDEC enfisema así que existe un abismo entre los grupos de más altos ingresos y más alta escolaridad y los de más bajos ingresos y más baja escolaridad respecto de la participación política. Esta —medida a través de indicadores simples, como firma de manifestos de protesta o reivindicación y participación en huelgas— es mayor entre quienes forman parte del primero de esos dos grupos. Son ellos también quienes tie-

n la seña: "Esas tres formaciones constituyen la forma —particular de Brasil (—) de la izquierda contemporánea social-demócrata, aunque sólo una de ellas se autodenomina así. Y la construcción de una relación entre bases sociales y representación política —algo que cada psicólogo militante no buscare— es lo que sucede en lo que a la burguesía brasileña respecta". La fuerza que tiene la mejor posibilidad capaz de frenar el triunfo de la oligarquía, no porque él representara orgánicamente. En el sentido, el PRN expresa más bien la consumida oligarquía, de los grupos que detentaron y sobre todo instauraron el poder bajo la dictadura, que más allá de eso, es la real bildeira de la democracia".

Las elecciones presidenciales de 1989 forman parte de la transición hacia la democracia brasileña. Una nota distinta, curiosa, es que la campaña electoral no puso en cuestión, no centró ni en el régimen militar que entre 1964 y 1985 suspendió el ejercicio de la democracia política y durante casi treinta años impidió la elección directa de presidente y vice. En cambio, los ataques más feroces fueron dirigidos, cuando aparecieron, contra el gobierno de Sarney. Esas críticas se centraron en la corrupción, en la negligencia, en el desastre económico, en la paralización, expandiendo de algún modo el virus de su origen. La gravedad de la coyuntura se impuso sobre el necesario análisis de las líneas de continuidad que existen en la política brasileña desde el golpe de 1964. En este sentido, no es sólo un dato anecdótico la rehabilitación de Aureliano Chaves—quintessential del político mediocre (al igual que Sarney) pergeñado por la dictadura—, la persistencia de Paulo Maluf—otro fruto de la dictadura, símbolo de la opresión, la mentira y la corrupción. Tampoco lo es que haya ganado Collor de Mello —como Chaves, Maluf y Sarney— la simpatía popular. La gente lo define así Brizola con una frase famosa: "filiote da disidencia". Para resolver los problemas del país, los que se presentan, se necesita la fuerza de la burguesía, la fuerza de los sectores populares, la fuerza de las comunidades, la fuerza de las organizaciones sindicales y la fuerza de los partidos políticos más jóvenes (16-17 años) —para desconocer de cualquier analista— ofrecen los porcentajes positivos más altos en las respuestas a las proposiciones "Si el pueblo tuviese poder de decisión del país, el país sería mucho mejor" (85 %, mientras es de 79,72 y 71 en las siguientes franjas etarias) y "Para resolver los problemas del país, lo que se necesita es la fuerza de la burguesía, la fuerza de los sectores populares, la fuerza de las comunidades, la fuerza de las organizaciones sindicales y la fuerza de los partidos políticos más jóvenes" (66 %, contra 45 y 33 en las otras tres), y el más bajo de adhesión (21 % a la proposición "Lo mejor es la actuación de un líder que coloca las cosas en su lugar").

André Singer opina que una conclusión posible es que estos jóvenes no identifican democracia con participación y dictadura con ausencia de ella. "Tal vez imaginen una dictadura participativa o crederán que la democracia formal no significa poder de decisión del pueblo, es difícil saber". Paulo Sérgio Macauca, a su vez, sugiere que "el desencanto de los jóvenes con la política institucional está en la percepción de que la democracia es una forma de impunidad del poder".

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

nen mayor interés por la política *nacional*, que supone un grado de abstención o generalización y de conocimiento mayores que la de nivel local o estatal.

Atendiendo a las franjas etarias (16-17, 18-25, 26-40 y +40 años), es posible constatar que los *más jóvenes* (16-17) son los más desconfiados de las instituciones (71 % en el caso del parlamento), los más conformes con la proposición de la democracia como *pelegrosa* (83 %) y los más indecisos en la existencia de una democracia o una dictadura (40 %, contra sólo 14 de los mayores de 40 años). Estos datos sugieren jóvenes de posiciones políticas más conservadoras que las de los mayores, aunque simultáneamente esos mismos jóvenes de 16-17 años —para desconfiar de cualquier analista— ofrecen los porcentajes positivos más altos en las respuestas a las proposiciones "Si el pueblo tuviese poder de decisión del país, el país sería mucho mejor" (85 %, mientras es de 79,72 y 71 en las siguientes franjas etarias) y "Para resolver los problemas del país, lo que se necesita es la fuerza de la burguesía" (66 %, contra 45 y 33 en las otras tres), y el más bajo de adhesión (21 % a la proposición "Lo mejor es la actuación de un líder que coloca las cosas en su lugar").

André Singer opina que una conclusión posible es que estos jóvenes no identifican democracia con participación y dictadura con ausencia de ella. "Tal vez imaginen una dictadura participativa o crederán que la democracia formal no significa poder de decisión del pueblo, es difícil saber". Paulo Sérgio Macauca, a su vez, sugiere que "el desencanto de los jóvenes con la política institucional está en la percepción de que la democracia es una forma de impunidad del poder".

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

Unas investigaciones realizadas conjuntamente por Datafolha y el Centro de Estudios de Cultura Contemporánea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugerencias aspectos de la cultura política brasileña.

merito de las reformas sociales que potencialmente realizaría un gobierno postrista a su medida, la renuncia del presidente de la república al privatización de empresas estatales (y la privatización de la salud pública) y la privatización de la educación (y la privatización de la salud pública) y la privatización de la educación (y la privatización de la salud pública) y la privatización de la educación (y la privatización de la salud pública) y la privatización de la educación (y la privatización de

*Un vocablo que fastidia*

## Esa cosa llamada gobernabilidad

Jorge Tula

**E**n el lenguaje político argentino han hecho su aparición, tal vez con un cierto retraso, nuevas palabras. Dos de ellas, gobernabilidad e ingobernabilidad, irrumpieron en el escenario político consumando un evidente malestar que las fueran emitidas. Tal vez más allá de herida o amor propio, el gobierno reaccionó casi con indignación cuando escuchó de boca del principal partido de oposición la propuesta de un "pacto de gobernabilidad". Una actitud aparentemente muy distante de ésta, aunque es de presumir que por diversas razones, observó un diputado del partido en el gobierno, pero ahora opositor, después de considerarla un mero acto de "ingeniería política" y no sin ansia atribuirle la paternidad, suponemos que de la categoría, a uno de nuestros directores.

Pero la equivocidad del término no es en realidad, como la inflación en dólares, otro invento argentino. Deriva más bien de la ambigüedad propia del lenguaje político y de la ausencia de una ciencia (política) rigurosa que sea capaz de ofrecer homogeneidad de lenguajes y de planteos teóricos. Con todos los riesgos que esto conlleva, pues en el paisaje de los lenguajes especializados a las demandas de la cultura política cotidiana na la incertidumbre conceptual y terminológica trae aparejado el riesgo de obstruir el desarrollo de una temática que, al parecer, no puede dejar de estar presente en las vicisitudes políticas contemporáneas.

Cuando hace cerca de tres décadas en la ciencia política empezó a utilizarse con insistencia la palabra gobernabilidad, con ella se quería mencionar el control político e institucional del cambio social y la posibilidad de intervenir sobre las variables, de programar objetivos y prever resultados, esto es de orientar cualquier proceso social en vías de transformación. Por el contrario, cuando las variables decisivas escaparon al control del gobierno y se llegó a situaciones indecibles por la imposibilidad de lograr los objetivos perseguidos, es decir cuando la función de gobierno de la sociedad termina siendo prisión de los mecanismos o de las fuerzas que pretende gobernar, cuando se quiere aludir a esta situación se emplea el término *ingobernabilidad*.

En realidad, como podrá verse, muchas de las características atribuidas al fenómeno actual de *ingobernabilidad*, no son para nada nuevas. Sin embargo, al más conocido fenómeno de expansión política se suman otras características propias de este tiempo a las que habrá que referirse. Fue con la ineludible reflexión sobre la crisis del estado social, allá por los años setenta, que esta problemática aparece con una fuerza que apenas ha ido perdiendo. Y los diagnósticos de esa crisis difieren según qué fuerza lo que se enfatiza como causa de la crisis.

Las teorías neconservadoras de la crisis de gobernabilidad sostienen que la *ingobernabilidad* se produce por una desproporción notable entre las demandas siempre crecientes queemanan de la sociedad civil y la capacidad que tiene el sistema político para satisfacerlas, y a las que el estado responde de embargo con una expansión de sus servicios y de su intervención, lo que a su

Gobernabilidad, crisis de gobernabilidad, ingobernabilidad son expresiones cada vez más utilizadas y que tienen una resonancia especial en nuestro país. ¿Pero qué se quiere expresar con ellas? Aunque produzcan un evidente malestar, ellas aluden, mejor que nadie, a ese corte que existe entre la patología de la vida cotidiana, y los remedios recetados, es decir la política de los gobiernos.



vez da lugar a nuevas y más grandes expectativas, hasta que llega un momento en que se produce una reducción de sus respuestas y por ende una sobrecarga: una crisis fiscal es la consecuencia. Otras teorías afirman que más que un problema de acumulación y de distribución de recursos y servicios a los ciudadanos se trata de un problema de tipo político, en el que la autonomía y legitimidad de las instituciones están en juego. Para otras, en cambio, se trata a la vez de una crisis de gestión del sistema y de una pérdida de apoyo político al gobierno.

**C**uando la *ingobernabilidad* se plantea una situación derivada de la desproporción entre las demandas de la sociedad y la capacidad de respuestas del sistema político para satisfacerlas, se puede ver con claridad que las soluciones extremas posibles son sólo: o la disminución forzada de demandas, la limitación y despolarización de los problemas, la reducción de las tareas y funciones del estado hasta convertirlo en un "estado mínimo", y por cierto en un retorno al mercado y a su "orden espontáneo", o bien un orden regulado, con un estado con renovada capacidad de gobierno en la búsqueda de la realización del interés general.

En esta estrategia de incremento de la capacidad de gobierno político se pueden encontrar variantes: en primer lugar están quienes acentúan como vía de salida la racionalización y modernización del estado y una planificación que sea capaz de prever los problemas. En segundo lugar están quienes enfatizan el problema de la conservación y de formación del consenso por parte del sistema político y proponen como salida un mayor entendimiento con las corporaciones a través de concertaciones, pac-

tado de confusión que puede llegar a afectar desvirtivamente la vida pública de una sociedad. Al faltar ese centro cualquier sistema empieza a desarticularse hasta llegar a una situación en que las diversas partes de este todo ya no pueden estar unidas y cada una de ellas puede temer que quien sabe donde. Como esto es el eje del sistema, una descentralización por ende carece de un funcionamiento adecuado. Ya no puede dar respuestas correctas a las preguntas, y cuando esto es posible lo hace con retazo o de manera equívocada. Mas aún: cuando son malas o incorrectas, faltan los instrumentos adecuados para transformarlas en acciones concretas. Se produce así un enorme desroche de energías para un resultado desproporcionadamente pequeño, o, en algunos casos hasta ridículo, que deja a todo el país estafado, todo lo cual lleva inmediatamente hacia nuevas demandas que no hacen sino deteriorar aun más nuestra convivencia y perturbar en un grado cada vez mayor la relación entre ciudadanos y gobierno. Y me parece que es Bobbio el que utiliza la metáfora para describir esta situación: de la calle de una gran ciudad en la que de pronto se apagan los semáforos. Sucede lo de siempre: el tráfico se detiene y únicamente logran pasar los más hábiles y/o los más prepotentes. Una tarea que en situaciones de normalidad sólo requiere un poco de paciencia en esta eventualidad exige un esfuerzo mayúsculo. No se si existe otra palabra mejor que *ingobernabilidad* para sintetizar en una sola expresión lo que acabamos de describir.

En nuestro país se corre el riesgo de que los semáforos se apaguen de nuevo. Y no parece posible evitar que esto suceda sin el esfuerzo y deseo permanentes de quienes están encargados de ello. Para que todos podamos transitar libremente por la avenida de la democracia, quienes tienen la obligación de ser sus mejores custodios, los partidos políticos, deben acordar toda vez que sea necesario las formas adecuadas de su mantenimiento.

**Q**uién sabe durante cuánto tiempo nuestra democracia seguirá corriendo riesgos. Y a pesar de que sabemos que aun una democracia solidificada, adulta, no es necesariamente más justa, más eficiente, más solidaria, tampoco descomponemos que es el mejor sistema para hacer sentir nuestra presencia, para existir políticamente. Pero también hemos descubierto que en este ámbito, además de mayor participación, se necesita más gobierno. Y más gobierno significa, entre otras cosas, gobierno de la economía. Estos últimos meses de desobediencia del mercado, como se le ha dado en llamar, muestra claramente hasta qué extremos se puede llegar cuando se afecta una de las razones de ser de un estado: la regulación o el controlar de los más diversos actores de la vida económica y social.

En su ensayo sobre la constitución alemana, Hegel afirmaba que Alemania ya no es un estado. Y los argentinos nos preguntamos si nuestro país aún lo es.